

LOS
SOLITARIOS
DE MURCIA,
Ó SEA
MAURICIO Y VALERIA.
CUENTO MORAL,

TRADUCIDO LIBREMENTE DEL FRANCÉS.

POR

D. A. Z. G.



LÉRIDA :
IMPRENTA DE IGNACIO BUXÓ.

1834.

LOS
SOLITARIOS

DE MURCIA,

Ó SEA

MAURICIO Y VALERIA.

CUENTO MORAL,

TRADUCIDO LIBREMENTE DEL FRANCÉS

POR

D. A. Z. G.

*Faites que dans vos écrits la
langue reverée ; en vos plus
grands excès vous soit tou-
jours sacrée.*

Boileau , Art. Poétique.

LÉRIDA :

IMPRENTA DE IGNACIO BUXÓ.

1834.

BOLETIN

DE MEDICINA

Y CIRUJIA

MAURICIO VARELA

DE LA FACULTAD DE MEDICINA

DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE BUENOS AIRES

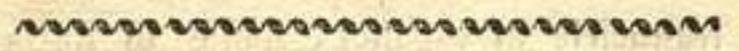
D. A. S. C.

IMPRESION EN EL ESTABLECIMIENTO DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE BUENOS AIRES

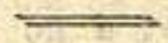
TERCERA EDICION

EN LA OFICINA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE BUENOS AIRES

1881



AL QUE LEYERE.



En vista de que, hace ya mas de doscientos años, no han bastado las quejas de los españoles ilustrados, amantes de su honor y de su patria, para librarnos de la horrorosa peste de malos traductores, que mascullando estrañas lenguas, corrompen y aun casi no conocen la suya propia, me he determinado á sacarles los colores á la cara, dando á la prensa este cuento moral, que aunque no le he visto traducido, he leído empero, otros del mismo autor, que lo están en una especie de jerga *Transpirenaico-española* que puede servir de modelo de confusion, para cuando haya una nueva torre de Babilonia.

Si bastase solo saber el francés para

traducirle al español, nadie lo haria peor que yo, en razon del corto estudio y escasos conocimientos que tengo del genio de esta lengua, si no supiese por principios el de la castellana. Tampoco hubiera puesto la mano en dar á luz este cuento, á no parecerme que tiene todos los visos de haber sido *robado á la España, para hacérselo propio los franceses*. Confieso francamente que mis fuerzas no alcanzan á constituirme censor de lo que apenas puedo comprender; pero no me tengo por tan lerdo que haya de recurrir á la dulce y delicada lengua francesa para explicar sus conceptos, cuando el idioma español tiene sobradísima abundancia de frases para enriquecer á los de las otras naciones.

Convengo en que todas las lenguas tienen sus bellezas y sus modismos inimitables: el Quijote, el Telémaco, el Camoens, el Taso, el Paraiso de Milton, y aun el mismo Virgilio, dan testimonio de esta verdad; y la pasmosa magestad de las Santas Escrituras, paga tambien este tributo á la limitada esfera

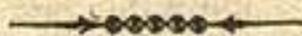
de nuestros conocimientos. No pretendo ostentar erudicion, ni me puedo ocupar en ello aunque quisiera; pero no está demás el prevenir las avenidas por lo que pudiere tronar, y decirse: asi como el ladrar es propio de perros, y el escribir y hablar de hombres y de...

*Es propio de cazadores,
Despues de la caza muerta,
Para encontrar compradores,
Poner la piel á la puerta.*

Por estas y otras razones, estoy resuelto á no apurarme, si critican mi traduccion los eruditos á la violeta que no hayan saludado la gramática castellana, aunque sepan, como saben superficialmente, el nombre y *las señas corporales* de todas las gramáticas del mundo. Me acuso de ser antagonista declarado de la *culti-parla*, ó lenguaje selecto lechuguínico, tan abominable y ratero como todas sus afeminaciones. Español por principios y naturaleza, me permitiré tomar de los extranjeros, todo aquello que no desdiga del amor y res-

peto que debo á la lengua, usos, leyes y costumbres de la nacion á que tengo el honor de pertenecer.

Y si, como he oido decir, corre por el mundo literario otra traduccion del mismo asunto que ésta, diré con mis abuelos: *Cuantos mas moros muertos, mas ganancia*; con eso los almacenistas de comestibles, serán los honrados sepultureros de mis tardías ocupaciones; quedando mi obra á teja vana, cuando sabe Dios cómo me he visto para salir de este pequeño ensayo; que tal como es, lo debo á la memoria, en despique de no tener buena ni mala biblioteca.



LOS

SOLITARIOS

DE MURCIA,

6

MAURICIO Y VALERIA.

Yo tenia un amigo Sueco, tan esquisitamente organizado, tan sensible á las bellezas del arte y la naturaleza, que cuando nos comunicaba las impresiones que habia recibido al tiempo de contemplarlas, eran sus relaciones semejantes á los episodios de un poema. La sana moral de la vida y costumbres de los hombres eran para él un manantial inagotable de deleites; pero al paso que se hallaba mas enagenado que otro alguno, eran sus emociones tan pacíficas como el mas dulce y agradable sueño; y se podia con razon de-

cir de él, que se hallaba voluntariamente encantado. Su alma estaba extasiada, y sus sentidos permanecían sosegados cuando aquella espresaba en un lenguaje particular el enagenamiento de que se hallaba poseído; advirtiéndose aun en sus hiperboles una agradable y variada sencillez.

Apenas se concebía como en una alma fuerte y espresiva podía existir por tan largos períodos una dulzura inalterable; y casi con tan leves señales exteriores, daba lugar á que dudásemos de la sinceridad con que nos refería lo que pasaba en su interior.

Por mas acostumbrado que yo estaba á verle así los mas de los dias, no dejaba de causarme admiracion un genio tan singular. Pero observaba por mi parte que estos rasgos de sensibilidad, estas espresiones involuntariamente sublimes, de que se servía familiarmente en las emociones y movimientos de gozo, no las usaba para espresar las penas.

El dolor en su alma era silencioso, interior, y profundo: el carácter de la melancolía es exhalar poco á poco la alegría y ocultar todo lo posible las impresiones del dolor; y éste era verdaderamente el suyo. El conde de Creutz, embajador de la Corte de Suecia, cerca de

la de Madrid, era el amigo de quien hago mencion; sugeto de conocido mérito, y que habia tenido el gusto de viajar por las hermosas provincias meridionales de España, cuyas fértiles y pintorescas playas sirven de barreras á los dos mares. Me habia hecho en sus cartas una descripcion tan halagüeña é interesante, que hablaba de ellas como se habla en los romances maravillosos de un pais encantado; pero cuando regresó á Paris, lo hizo mas circunstanciadamente y con mayor entusiasmo. Disfrutaba con él de una completa diversion al ver como servia su imaginacion á su memoria, herloseándola ricamente sin apartarse de lo verosímil: le preguntaba yo que cómo era que los hombres no transmigraban por habitar en tan afortunados climas, siendo fiel la pintura que me hacia de ellos. Ay! me respondia: los hombres, á semejanza de las plantas, se arraigan comunmente en el sitio donde han nacido.

Un dia que me chanceaba con él sobre el estilo poético y casi fabuloso que daba á las narraciones que hacia de Granada y Murcia, me dijo: si acaso os maravillan las descripciones que acabo de haceros, ¿qué seria si os refiriese lo que me ha sucedido alli? Estoy seguro que lo ten-

driais por una novela, y no obstante el asenso que querais darle, es un suceso tan cierto como la misma verdad.

Le rogué encarecidamente que me le contase, y al momento se dispuso á ello, empezando en estos términos.

Recorria lentamente los confines de las dos hermosas provincias, sin decidirme á estar mas inclinado á los atractivos de la que acababa de ver, como embelesado con las delicias de la que tenia que dejar, cuando en una aldea no muy distante de Cartagena, oí hablar de un hombre selvático, que hacia nueve años vivia en soledad, sobre uno de los montes que rodean el valle por donde pasan serpenteando las cristalinas aguas del Segura.

Me dijeron que el tal *Solitario* era todavía jóven; que tenia cierto aspecto sombrío y triste; y que aunque la barba espesa y sus cabellos desaliñados dejaban con dificultad ver los rasgos de su rostro, se descubria con todo en él cierta vislumbre de nobleza, que era mas de notar en su estatura y movimientos; lo que daba lugar á sospechar con fundamento que era persona de elevados principios: que no era fácil ponerse en comunicacion con él,

por el gran cuidado que tenia en evitarlo; y que solo un hombre de la aldea mas vecina al punto de su retiro, era quien le solia llevar á vender á Cartagena las yerbas y plantas aromáticas que cultivaba en un jardin que habia formado, y las que al mismo tiempo recogia por las faldas de la montaña, con el que le habian visto hablar con frecuencia.

Con el producto de este corto tráfico, se me dijo, que adquiria el Solitario su subsistencia; añadiéndome que el jardin era digno de verse por la variedad de plantas útiles que en él habia reunido.

He cursado en mi juventud, continuó el Conde, un estudio particular sobre la historia de la naturaleza, por ser su regazo el libro mas interesante que puede haber para mí; habiendo tenido por maestro de botánica al inmortal caballero Carlos de Linneo. Lleno del fruto de sus lecciones y del amor que habia sabido inspirarme en favor de esta ciencia encantadora y atractiva, sentia un vivo deseo de ver al laborioso Solitario, que de tal forma hacia su fortuna; y pretestando que necesitaba proveerme de una coleccion de plantas de aquellos parages, me encaminé á la cima de la montaña en donde habitaba. En el momento que divisé la ca-

baña, me propuse despedir al guia, que hasta entonces me habia conducido, con el objeto de no exasperarle al ver mas personas. Su mansion estaba situada entre las dos cimas de la montaña que daba frente al valle, y el jardin ocupaba el espacio que habia entre uno y otro lado del monte. Cuando me acerqué al Solitario, estaba cultivándole con el mayor teson. Al verme se sorprendió algun tanto; pero no por esto dejó de preguntarme con cierto aire de gravedad, (anuncio de mi buen acogimiento), qué objeto me conducia por aquel terreno.

Soy, le respondí, un extranjero que viajo por estos paises, en fuerza de la afición que tengo á la botánica, y quisiera proporcionarme una coleccion de plantas y yerbas aromáticas de las muchas y buenas que producen estos afortunados climas. He sabido por personas de confianza que haceis estudio y os ocupais en este ramo de industria, adelantando vuestro pequeño giro, para una escasa manutención. Llevado de estos conocimientos venia á suplicaros me dieseis la preferencia, á lo menos por ahora, sobre los sugetos á quienes las vendeis. Yo creo, prudente Solitario, que tal vez no os será desconocido el hombre ilustre que se dignó instruirme

en la ciencia á que con sumo placer os veo tan aficionado: *soy discípulo de Linneo.*

¡O maravillas y encantos de la ciencia! exclamé al momento, pues desde un extremo del mundo al otro, haceis que la fama proporcione al hombre amigos y admiradores de su saber. Su nombre es querido y respetado por donde quiera, y sus discípulos honorificados: su enseñanza se establece hasta donde pueden estenderse sus luces y conocimientos, inspirando un respeto, que mas bien parece una especie de culto; y ahora vais á ver hasta qué punto de veneracion puede llegar.

Cuán dichoso sois, me dijo el Solitario, con solo haber nacido, segun creo, bajo el mismo clima que el verdadero Salomon del Norte; habeis podido verle y oírle: si algun dia volveis á ver á ese oráculo de la naturaleza, le direis que al otro extremo del continente europeo se le escucha y reverencia; decidle que en las sierras, en donde por siete siglos dominaron los moros, hay un Solitario que funda sus delicias en consultar á sus escritos. Aun no habia este lenguaje resonado del todo en mis oídos, cuando me hizo enmudecer de admiracion. Recorri con el botánico español el jardin en que se en-

cerraban todos los tesoros del reino vegetal; y en las gargantas y derrames de la montaña recogimos y examinamos juntos algunas plantas. Pareció al Solitario que me hallaba instruido, y me consultó algunas veces defiriendo á mis conocimientos: esto mismo sirvió de base para inspirarle mayor confianza, de manera que, despues que dimos un largo paseo, me propuso que pasásemos á descansar en su cabaña. Se hallaba ésta formada de unas paredes de tierra, rodeadas de un vallado compuesto de ramajes de céspedes, zarzas y espinos, cerrando el techo un espeso tejido de retamas que terminaban el edificio.

Sus muebles eran una tabla que servia de estante y dos sillas rústicamente labradas; una estera por cama, alguna loza de barro tosco, y algunas herramientas de primera necesidad, como una sierra, una hacha y un escardillo. Tambien se entreveian una espada en un rincon, y una daga colgada de la pared y sostenida de una banda roja y amarilla; sobre una tabla estaban colocados los paquetes de yerbas y algunos libros, entre los cuales me manifestó las obras de Linneo, á quien llamaba el mayor de sus consuelos.

Esta palabra fue para mí como un rayo

de luz; porque quien busca la consola-
cion, tiene sin duda algunas penas que
aliviar. Con esta premisa me atreví á pre-
guntarle, si en aquella soledad, que por
sí misma dejaba traslucir una vida dura
y austera, podia ser dichoso.—¡Dichoso!
no, me dijo; pero sí soy lo menos des-
graciado que puedo ser, ya puesto en mi
lugar. Quise asimismo saber si en la re-
solucion que habia tomado de vivir ais-
lado y solo, no habia caido en el estre-
mo de la misantropía.—No, me contestó;
los hombres no han sido á mi respecto
malhechores ni tampoco injustos, y por
lo mismo no me creo con derecho ni ra-
zon para aborrecerlos. Me hizo el elogio
de su patria, mas cierto, mas noble y
persuasivo que jamás oi en boca de es-
pañol. En vista de esto, imaginé si habria
tenido algun tropiezo con los esbirros de
la santa Inquisicion*; y para salir de la
duda, le hablé en términos de que no me
lo negase ni se ofendiese de habérselo pre-
guntado.—No, me repuso, mis sentimien-
tos religiosos son puros é inalterables; y
en cuanto á las supersticiones, no las ten-

* Abolida para siempre en España en 15 de Julio
de 1834 por la inmortal CRISTINA.

go, ni tampoco hablo de ellas; de lo que podeis deducir que ese tribunal, jamás ha tenido que ver conmigo; ni yo con él.

Como en la gravedad que manifestaba, tenia un fondo de dulzura mezclada de tristeza que llevaba en pos de sí cada vez mas, le supliqué perdonase mi curiosidad, nacida de la inquietud que me causaba su situacion; dándole á entender que considerándole en tan absoluta separacion de la sociedad, me temia que algunas veces le faltase lo necesario para subsistir. Me aseguró, que ayudada su industria por el solícito cuidado que tenia en estenderla, por medio de un vecino de la aldea mas cercana, de quien recibia muchos favores, podia contar con una comida frugal y alimentosa, de la que bastaba el sobrante para cubrir las demas necesidades. No soy, le dije yo, amigo de la vida poltrona; pero en la que parece os hallais contento, confieso que hallo una escesiva austeridad. Esa estera por cama!... esa piedra por cabecera!...— ¡Ojalá Dios, exclamó, que aun sobre ese lecho mismo, no vinieran recuerdos algunos á atormentarme el sueño! bastante dulce seria todavía. Sin duda, amigo, insistí, ¿habeis experimentado desgracias

muy grandes?—Sí, ciertamente, me contestó; bien grandes, y de las cuales yo solo he sido la causa.—Si son reveses de fortuna, le dije, aun sois jóven, y de vuestra edad se pueden recuperar sin fatigarse mucho; y en caso de que esto no bastase, si por mi crédito pudiese contribuir!... Me interrumpió, y alcanzando del estante, en que tenia los libros, un cajoncito lleno de dátiles, higos y pasas, y mostrándome tambien un pan, al lado de una cantarilla llena de agua, me dijo: «Estranjero, el hombre que sabe vivir con poco, no cuenta entre el número de las desgracias los reveses de bienes de fortuna.»— ¡Ay condiscipulo mio! le contesté, dándole un abrazo; y entre esas cosas ¿me contais á lo menos las penas del amor?...

A estas palabras su rostro volvió á tomar el aspecto de gravedad que tenia á mi llegada; y cortado el hilo del diálogo con un instante de silencio, abrió su herbolario, rogándome que viese lo que me pudiera convenir.

Bien pronto caí en que acababa de cometer una indiscrecion, sondeando la herida antes que lo exigiese la necesidad. Me manifesté todo lo indiferente que me fue posible á las contestaciones

secas que daba á mis preguntas entre tanto que estábamos recorriendo la coleccion de plantas y yerbas que él mismo iba clasificando, segun el método y sistema de Linneo; dando con esto tiempo para que recobrase su ya perdida confianza.

Despues de haber vuelto á entablar conversacion acerca del fruto de los estudios de mi gran maestro, le dije: Sí, amigo mio, el sabio de Upsal sabrá, dentro de poco, que tiene entre estas montañas meridionales un digno y fiel discípulo; y vuestros nuevos descubrimientos y tesoros en esta ciencia se le presentarán á la vista. Pero hallándome de enviado por la corte de Suecia en la de Madrid, tengo que estar todavía dos años en España; y Linneo no me disimularia la falta de haber venido una sola vez á veros. Me he propuesto antes de alejarme de Murcia y Cartagena recorrer sus cercanías, y hacer algun descanso en Molina al pie de estas cordilleras; por consiguiente me permitireis que vuelva á instruirme á vuestro lado, y haremos un escrutinio de las plantas que producen estos climas.

Mi cabaña, me dijo el Solitario, está siempre abierta para el discípulo de Lin-

neo; pero le ruego que tenga presente que quiero vivir y morir en ella ignorado de las gentes; que espero asimismo que durante su permanencia en España no le oirá alma viviente hablar de mí. Le aseguré cuanto me pidió con juramento; y despues de algunas horas mas de conversacion, nos separamos con la misma ternura que lo hubieran hecho dos amigos relacionados de toda la vida; esto es, con la pesadumbre de despedirnos, y el deseo de volvernos á ver.

Mi silla de posta ó birlocho estaba á la falda del monte; y cuando llegué para montar en ella, iba lleno de ideas relativas á lo que acababa de ver, y oír; volviéndome á mi aldea sin haber podido averiguar cual sería aquella en que me deberia fijar, escogiéndola de entre la innumerable multitud que, sin dejarse suceder unas á otras, se agolpaban en mi acalorada imaginacion.

Lo que yo sacaba en resumen fue que nuestro Solitario era víctima de un desgraciado amor, cuyos crueles recuerdos le perseguian hasta en su cabaña. Pero en qué sentido y con qué fines se habia este hombre reducido á la vida del mas rígido anacoreta, me eran desconocidos. Su piedad no era de modo alguno

igual á la de un monje novicio; su religion, segun él mismo atestiguaba, no tenia nada de supersticiosa; y á su edad de treinta años (poco mas ó menos) los primeros impulsos de un alma, profundamente herida y abismada de penas, son de buscar la soledad; pero ¡establecerse en ella con una resolucion tan pacificamente decidida, y al cabo de nueve años permanecer sin fastidio, sin pesar y sin inquietud; querer vivir y morir en ella, apartado de los hombres que no aborrecia, desterrado de una patria querida y alabada! todo me parecia contrario al órden natural, y por ello buscaba una causa que no me era dado encontrar.

Dos dias despues volví á verle, y traté de reducirle al primer movimiento de amor á la sociedad con que nos ha dotado la naturaleza, y á la mutua necesidad que tenemos los hombres de vivir unidos.—Esta necesidad, me dijo, ha dejado de serlo para mí; conviniéndome solamente la vida solitaria que disfruto.—He creido conveniente advertiros, dije al Solitario, que tomeis á curiosidad vanamente indiscreta, la que en mis reflexiones tengais por inoportuna. Las circunstancias, que os han determinado á tomar la resolucion de vivir en

soledad, deberán acaso limitarse á la península; y puede ser que fuera de España, no os faltase donde vivir de tal manera, que os fuese mas apreciable estar acompañado de gentes honradas, que no quedaros aqui reducido al aislamiento de un salvaje. Si esto es así, proseguí, decídmelo. La Suecia, bajo un clima absolutamente distinto de éste, no deja de tener sus atractivos: es cierto que tiene una atmósfera fria; pero despejada y pura durante seis meses del año; una primavera, un estío y un otoño tan deliciosos, que apenas se separan las noches de los dias mas hermosos, claros y serenos que produce la naturaleza: un sol sin nublados, y que por su constante influencia parece quiere dulcificar y consolarnos de lo largo de su ausencia durante el invierno: la actividad prodigiosa que se palpa por medio de una vegetacion que la luz acelera y fecunda, auxiliada del poderoso vehículo del calórico que remueve en su seno generoso la madre tierra; la laboriosa diligencia con que rompen las yemas y botones de las flores, árboles y plantas, al tiempo que las mieses crecen y maduran, son encantos admirables; y en fin, puedo decirse que reina el aire mas puro que se res-

pira sobre el globo, comunicando una dilatada vitalidad á las plantas, á los animales y á los hombres. Tales son las ventajas de aquel pais, en el que los pueblos meridionales creen ser muy desgraciada su naturaleza. No, amigo mio, en parte alguna es el hombre mas robusto y activo; en parte alguna es mas dichoso; pues la felicidad de los paises cálidos es semejante á una flor hermosa, pero sumamente débil, delicada y frágil; cuando en los paises frios es comparable á una planta viváz y provista de fortaleza. Así se las vé florecer al borde de nuestras lagunas, entre los céspedes de nuestros prados, donde vereis á cada instante rebosar la alegría en las danzas de nuestros pastores y sus fieles compañeras: vereis esos mismos lagos cubiertos de lanchas, llenas de nuestros jóvenes amantes, que desde el centro de esos pequeños mares hasta sus riberas, hacen, al tiempo que el cielo continua despejando su hermoso colorido azul, resonar el eco de unas canciones en que se mezclan del modo mas gracioso el amor y la alegría; cosa que les es muy fácil, porque los mas de nuestros aldeanos son naturalmente poetas. Pero en el regazo mismo de la libertad, que bajo

su buena fe disfruta esta juventud, vereis reinar el pudor y la sencilla inocencia del mismo modo que reinaban en la edad de oro.

Solo entre nuestros pueblos es donde esta edad existe realmente, ó mas bien puede decirse que se ha continuado sin interrupcion: tenemos provincias, en las que se ha conservado y conserva desde tiempo inmemorial, la pureza de costumbres sin la menor alteracion. Los habitantes de aquellas campiñas ejercen religiosamente los antiguos deberes de la hospitalidad, porque viven en medio de la abundancia. Sus usos, trages y costumbres no han variado en nada. Son justos, buenos y laboriosos, como lo fueron sus padres. Apenas tienen necesidad de leyes, porque sus costumbres ocupan el lugar de aquellas. En estos paises me comprometo á ponerlos dentro de dos años. Acaso me atreveré á decir que me veo querido de mi Rey, ó por lo menos me consta que lo estoy de sus hijos; y aun mas del príncipe que le ha de suceder en el trono; con dificultad se hallará en el mundo un hombre mas noble y bondadoso que él; allí vereis como todos nos ocuparemos con toda diligencia en proporcionaros un asilo; sereis recomendado

á todos por Linneo, y yo mismo os presentaré para que os dispensen su protección. Esto es lo que puedo ofreceros, y entre tanto que vuelva á mi patria, puedo hacer que os embarqueis en el primer navío que salga de Cartagena, dándoos medios para que me esperéis en Francia, en donde pienso hacer algun descanso. Ved ahora si vuestra soledad puede prometeros un porvenir mas dulce y mas tranquilo.

Entretanto que yo hablaba, veía al Solitario que, teniendo sus ojos fijos hácia los míos, se le caían copiosas lágrimas de enternecimiento, aunque triste y recogido dentro de sí mismo. — No, me dijo al fin; en estos climas es donde su sombra anda errante, y no la obligaré de modo alguno á que salga de su patria ni atraviese los mares. «¡Ojalá supiera donde está su sepulcro, para poder ir á reclinar mi cabeza sobre la piedra que cubre aquellas adoradas cenizas, teniendo por muy dichoso en regarlas con mismas lágrimas: yo no quiero alejarme de los confines donde ella ha respirado; quiero que me vea expiar por medio de una muerte civil y lenta el crimen de nuestro funesto amor!» Entonces me esplicó la causa de sus males, y no

pude menos de quedar sobrecogido de un triste y pesadoso silencio. Bastante os he dicho, continuó el Solitario, para no acabar la calamitosa historia de mis infortunios; y pues que encuentro en vos un alma noble, un corazón compasivo y un amigo de confianza, he determinado, antes que las penas me consuman, aliviar el peso de los remordimientos que me oprimen, asegurándoos que solo vos y el cielo que nos cubre, han sido mis confidentes.

Mi nombre es Mauricio Formoso; mi patria Zamora, ciudad tan noble como antigua, situada en lo mas hermoso que tienen los reinos de Castilla y Leon; era hijo único, y quedé huérfano de un padre, que á su muerte me dejó considerables bienes de fortuna. Con este motivo quedé dueño de mis acciones en la edad que la mas tempestuosa de las pasiones amenaza por todos lados. Empecé á viajar por España con el desasosiego de un corazón que aun no ama cosa alguna, pero que siente la necesidad de amar: así me aconteció hallándome en Sevilla en uno de aquellos espectáculos, donde echando suertes alrededor de un furioso toro, se gloria la juventud española de poner en ejercicio su destreza, serenidad y valor.

Sobre el sitio que me habia colocado, se veía un conjunto de Damas, cuyos ricos adornos deslumbraban la vista, y aun mucho mas llamaban la atencion. En medio de ellas habia una jóven que, aunque con menos compostura y brillo, eclipsaba y oscurecia la hermosura de todas, del mismo modo que la rosada aurora eclipsa y oscurece las estrellas. La ví, y puedo decir que no ví á otra mas que á ella. Una mirada de sus hermosos ojos, que aunque inclinados al suelo se encontraron con los míos, bastó para traspasar lo íntimo de mi corazón, atizando el fuego devorador que no ha de extinguirse hasta mi último suspiro. Sin embargo, me fue necesario disimular mi turbacion y fijar la vista, bien á pesar mio, sobre la lucha que con el toro tenian los lidiadores.

Las suertes que se habian echado, no eran mas que para aguijonear el furor del animal; cuando pareció en el circo un jóven, que arrojándose á la fiera con la mayor audacia, la puso un par de banderillas, irritándola de tal manera que rebosaba de furor, y con la testuz baja partió contra su ofensor que la hurtó el cuerpo; pero del balance que hizo para huir, volvió á quedar en pe-

ligro, y cayó en el suelo envuelto entre las astas del toro: aturdido del golpe, hubiera sido destrozado á la segunda embestida, si un grito que prorumpió: ¡Ay hermano mio! ¡Ay hermano mio! no hubiera sido dado por la que ya era dueña de mi voluntad. Me vuelvo con rapidez, la veo, y oigo esclamar con las manos levantadas y los ojos elevados al cielo, esparcido el espanto y el dolor sobre su hermoso rostro: arrojarme del asiento, franquear la barrera, y con espada en mano presentarme al paso del toro, fue para mí obra de un solo momento; le llamo, le provocho, y le saco de su carrera, dando lugar al jóven para que se pusiese en salvo. Otros lidiadores me ayudaron á lo mismo y ocuparon mi lugar, porque no hallándome vestido ni armado competentemente para continuar en la lid, fue preciso retirarme de la plaza, y volverme á colocar en mi asiento.

Los espectadores tuvieron á bien honrarme con sus aplausos, en la creencia de que mi arrojado habia sido efecto de un movimiento involuntario; pero al mismo tiempo estaba recibiendo un premio mas interesante que todos los víctores que se agolpaban sobre mí. La amable

hermana del jóven, á quien habia libertado, se inclinó hácia mí; y con un aspecto, una voz y una mirada bastantes para recompensarme la mas costosa y señalada victoria, me dió las mas expresivas gracias.

¡Ay, Señora! la dije: «toda mi sangre vertida en vuestro obsequio, no mereceria el exceso de bondad que acabais de tener conmigo.»

Al dia siguiente por la mañana pasó á visitarme su hermano D. Leoncio de Velamar, quien apenas restablecido de su caída, me dijo: que venia de parte del marqués, su padre, á manifestarme los deseos que tenia de darme un abrazo. Pormenores que no os recuerdo, sino para haceros ver por qué senda tan resbaladiza vine á bajar al abismo mas profundo. No tardé mucho tiempo en dirigirme á la visita, para la que habia sido convidado; el estremecimiento de alegría que tuvo mi corazón al presentarme, lo podreis concebir; mejor que yo puedo explicároslo: hallé á toda aquella ilustre familia reunida; y Valeria, que ya estaba huérfana de madre, pareció en medio de las damas de su parentela. Los ojos de todos se fijaron sobre mí, y como que me indicaban querer disfrutar de mi pre-

sencia, al tiempo que todos á una voz me alababan y distinguian, Solo Valeria no se atrevia á hablar; sus ojos bajos, y su hermosísimo rostro cubierto de un encarnado rubor, hablaban en lugar de su modesto silencio. Pero su pecho se elevaba y abatía con un movimiento de palpitation, visible aun sobre el velo que la cubria, que revelaba demasiado las tumultuosas agitaciones en que se hallaba su corazón. ¡Ay de mí!.. Ya habia recibido entonces tambien la desgraciada Valeria el golpe fatal que nos ha perdido á los dos.

Su padre, D. Alfonso de Velamar, hombre tan valiente como tenaz y caprichudo, me pareció que era el que menos interés habia tomado en favor de la escena que habia salvado á su hijo único, á quien daba el apodo de atolondrado; no haciendo gran mérito del ánimo con que sin mas armas que mi espada, habia yo acudido á socorrerle; no obstante, su fria gravedad se allanó á preguntarme: «si era aquella la primera ocasion que me habia puesto en la palestra,» y como le contestase que efectivamente era mi primer ensayo, me dió denodadamente el abrazo como á valiente y digno Caballero; abriendo el camino á

las ceremonias caballerescas que , exaltando nuestra imaginacion , fueron causa de nuestras desgracias.

¡Ay amigo! pronto vais á ver como las pasiones se apoderan del hombre, cuando nacen de todo aquello que las puede servir de pretesto para crecer y alimentar su tiranía y dominio sobre los corazones. Desde este dia se me hizo entender que tenia permiso para visitar la casa , cuyo favor disfrutaba yendo de cuando en cuando á cumplimentar al Marqués. Yo me prometia una suerte feliz, creyendo que hallaria á su hija siempre que fuese á visitar al padre; pero me engañaron mis mal fundadas esperanzas: asi es que , mientras se presentaban ocasiones mas propicias, entablaba cuidadosamente amistad con Leoncio , que parecia unirse á mí por el lazo del agradecimiento; conocí que tenia gusto en hablarme de su hermana , y éste era el mayor gusto y alivio que yo podia esperar en el caso de no verla. Se gloriaba en alabarla continuamente sin reserva ni economía; y , lo que era peor , sin reparar el daño que me causaba; tan pronto hacia alarde de la hermosura de su alma , de su candor interesante , de su natural sensible y tierno , y de su ama-

ble ingenuidad , como de la gracia doméstica que se introducía tan sin estudio en los atractivos de su persona; además de esto , proseguia en la narracion de aquellas gracias y perfecciones , que la inocente seguridad de una hermana jóven deja percibir á los ojos de un hermano , que me las pintaba casi desnudas , en cuyo peligroso espejo para mi ardiente imaginacion , las miraba yo todas con los ojos examinadores y perspicaces del amor.

Confesé á su hermano que á ella la debia la vida , y que el grito penetrante que dió , al verle tendido en tierra , fue lo que , sin reflexionar me hizo arrojar-me para socorrerle. Me respondió á esto: que su hermana no dudaba que todo ello era asi ; que penetrada de estos antecedentes , siempre que hablaba de mí , no me daba otro nombre que el de su Caballero. — ¡Su Caballero! le contesté; ¡cuánta gloria no tendria en que se dignase permitirle llevar sus colores! — Verdaderamente , me añadió; nada es eso en comparacion de lo que os debe ; y no dudo que lo conceda con agrado. No tardó mucho en dar parte á su hermana de nuestra conversacion ; y de un favor de que ella no conocia la importancia ni las

consecuencias, no hubo de ver, al concederle, otra cosa que un testimonio del reconocimiento que creia deber al libertador de su hermano. Recibí pues, por mano de Leoncio, tres cintas; una de color leonado, otra de color de fuego, y la última de azul celeste. La primera, dijo á su hermano, es igual al color del toro de que te salvó; la segunda espresa el fogoso furor de que la fiera estaba poseida; y la tercera azul, es semejante al cielo despejado, para denotar los ardientes votos que le dirijo para que mi Caballero tenga toda su vida unos dias puros y serenos.... ¡Ay de mí! ¿Serenos? el fatal presente que acabo de citar los nubló para siempre.

La emocion con que le recibí quedó tan oculta en mi pecho, que mi amigo no pudo hallar otra cosa que un amor propio lisonjeado sensiblemente por medio de esta inocente accion. Sin embargo, me atreví á proponer los deseos que tenia de que á los colores hubiera añadido la divisa que su caballero habia de llevar.—Perdonadme que os diga, replicó Leoncio, que eso no lo entendeis bien: habeis de saber, que siempre ha sido costumbre que el caballero elija la divisa por sí mismo, que dando á su Dama el

derecho de aprobarla.—Pues siendo así, le dije, espero que la hagais el homenaje de ofrecerla, que se digne señalar una de las que yo la proponga, y esa será la que yo lleve: al efecto la remití estas tres escritas de mi mano.

A un solo instante, toda mi vida.
Por la gloria, y por el amor.
Lealtad, amor, y constancia.

La imprudencia de mi amigo tomó á juego nuestros rasgos caballerescos, al tiempo que su hermana, todavía mas sencilla, creyó ser una cosa muy natural escoger mi divisa, puesto que ya habia yo tomado sus colores: pero ¡ay! que sin echarlo de ver, determinó su corazón elegir la temible y costosa de cumplir; así es que guardando con la misma inocencia las tres divisas escritas de mi mano, me devolvió de las suyas la siguiente:

Lealtad, amor, y constancia.

Aquí la veis, dijo Formoso, desnudándose el brazo, que la llevo bordada sobre esta trenza tejida de sus cabellos; y el papel, en donde está escrita de su

mano, va encerrado en la cajita que debajo de esta agata forma el broche del mismo brazalete. Aun conservo, amigo mio, un escrito mas precioso todavía, que compone todo lo que me queda de ella, y que llevaré conmigo á la sepultura. No puedo menos de decir, continuó, que quedé embelesado con unos resultados aun mas felices de lo que podia yo esperar; pero mi embelesamiento tomó el aspecto de una locura, de la que mi amigo no hacia otro concepto que el de divertirse. Ya me teneis armado caballero, le decia yo; no falta mas que las armas, y yo me haré con ellas. Pero ahora es menester saber, en qué funcion heróica, en qué justas ó torneos me verá mi jóven y hermosa Dama, armado de punta en blanco, montado sobre un brioso y arrogante corcel, ceñido con una banda española, y el yelmo dorado con una garzota, cuyas plumas hondeantes, manifiesten los colores de mi amada; y sobre el peto de mi coraza un salvaje de oro, con mi divisa en la rodela, que es y será siempre:

Lealtad, amor, y constancia.

Es lástima, me dijo chanceándose Leon-

cio, que no se usen los torneos; puede que acaso vuelva el tiempo de ellos; entretanto lo que yo puedo hacer en vuestro favor, como se cuenta de Amadís, es proporcionarte la gloria de caracolear conmigo alrededor de la cerca del jardin de mi casa, y bajo las ventanas de un pensil donde algunas veces vuestra nueva Oriana sube á tomar el fresco casi al ponerse el sol.

Ni Leoncio, ni ella, ni yo vimos en esta cabalgada mas que una sencilla diversion para entretenerla; pero para mí, solo el placer de pasar por debajo de su ventana, adornada de sus colores, era de un valor inestimable; y aun mi amigo, para inflamarme, tuvo la imprudencia de insinuarla el ardor conque yo habia acelerado la ejecucion de aquel pasatiempo.

No hay cosa mas graciosa, dijo á su hermana, hablándola de mi locura. Yo creo que será capaz de irse por el mundo á buscar aventuras y romper lanzas en obsequio de tu hermosura. Su armadura no está concluida, el toro dorado y la divisa no se han cincelado aun; pero mañana por la tarde, si te parece, le verás con todo el equipage caballeresco dar carreras conmigo delante de tu pensil.

Aceptó Valeria esta proposición con tal que yo no supiese que ella asistía, para cuyo efecto estarían echadas las celosías de todo el pensil. Murallas demasiado frágiles eran las que buscaba su pudor, como para contrarestar el aspecto risueño y agradable con que había admitido la peligrosa propuesta de su hermano.

Habéis de saber, caballero, dijo Formoso apartándose del discurso que llevaba, que en país alguno de Europa no tienen las mugeres la elevación de alma y la grave dignidad de las españolas, adornadas por naturaleza con una elación magestuosa, para lo cual es menester observar el calórico abrasador que el sol nos comunica, tanto á ellas como á nosotros; y también la opresión irritante en que permanece la juventud femenil en una nación en que, por desgracia, hay muchos padres demasiado violentos, desconfiados é inexorables, que con una mirada hacen bajar los ojos á sus hijos, destruyendo el amor paternal y convirtiendo, no pocas veces, en aborrecimiento * el tierno y respetuoso que los hijos

* Error crasísimo del autor en atribuir á los suaves y festivos, pero virtuosos españoles, los caracteres propios de los pueblos medio salvajes del norte de Europa.

deben profesarles. Valeria, siempre encerrada y trémula por la dureza de su padre, gustaba por la primera vez el placer de someter un corazón, cuyo valor había admirado, para ejercer sobre él el imperio del amor y la hermosura; pero esto sucedía sin que ella lo pensase así; antes debe considerarse su natural sencillez y su edad que apartaban toda desconfianza en razón á la amistad que me dispensaba, y hasta la mas leve sospecha de peligro; yo creo que la perdonareis el haber sido sensible, y aun demasiado con respecto á mi amor.

Vednos pues, á Leoncio y á mi montados sobre los dos mejores caballos que vió nacer la Andalucía; él con banda y plumages blancos, y yo luciendo brillantemente los colores de la amable soberana de mi corazón; pasando y repasando veinte veces bajo las cercas de su pensil, donde sabía muy bien que estaba; pero yo quería alguna cosa mas: así es que entristecido por ver que mis miradas solicitaban en vano que se abriesen las celosías, le dije á Leoncio arrojando un profundo y doloroso suspiro: «Ya se acabó sin duda el tiempo en que la dama mas recatada y circunspecta honraba por lo menos con sus miradas al

caballero que se gloriaba de declararse á su servicio; esta conducta se mira con desden hoy en el dia no haciendo caso del homenaje de su amor y de su fe.»

Esta reconvencion hirió el corazon de Valeria, que no pudo menos de oirla; y á pesar de su resolucion abrió el enrejado y se presentó, diciéndome con una noble modestia: «Caballero, ¿por qué confundís la timidez natural de mi edad con el olvido de vuestros beneficios?... ¿Acaso me creéis tan desnaturalizada que no tenga un singular placer en ver á quien debo la vida de mi hermano?... ¿Es pues por desprecio, ó por ingratitude que os tengo el haberos permitido que lleveis mis colores?...»—¡Ah, señora, la dije, adelantándome bajo la ventana del pensil: «perdonadme un instante de impaciencia y de sentimiento, suplicándoos no humilleis al que tan poco ha hecho por vos, para que le recordéis sus beneficios. Me estais viendo lleno de adornos, que denotan un aprecio que quisiera pagaros con la sangre de mis venas: deseando que recibais como un nuevo favor el homenaje de una vida que de nada le servirá á vuestro caballero, si no la teneis por vuestra.»—«Ea, hermana, dijo Leoncio, como chacoteándose

de mí, ¿no te he dicho que ibas á tener la gloria de resucitar á Amadis?»

¡Ah, jóven inexperto! le contesté: ¿con quien pensabas que te las habias? ¡y en qué lazo tan peligroso nos ibas poniendo á los dos!

Caballero, me contestó Valeria con una gracia llena de sencillez, imitando el lenguaje de los antiguos tiempos caballerescos: «Los derechos que habeis adquirido á mi reconocimiento y estimacion, me son tan caros como respetables; acepto vuestro homenaje; y tomaré siempre, por la dicha del valiente D. Mauricio Formoso, el mismo interés que por su honor y por su gloria.»

Habeis hablado, dijo Leoncio, maravillosamente, y cualquiera que os oiga no dirá sino que sabeis de memoria el antiguo lenguaje de nuestros romances y libros de caballerías.

Despues de haberme dado las respuestas que dejo indicadas, con una voz que hizo conmover mi corazon, nos saludó cortés y agradablemente, cerró las persianas, y desapareció de nuestra vista. Esta escena inocente, de la que ambos hermanos hacian su recreo y diversion, iba apresuradamente caminando para sernos á todos tres funesta. ¡Cuán insensato

es aquel que juega con un hierro hecho ascua, ó con unas flechas envenenadas!... empero mas insensato es todavía quien juega con el amor.

Pasado un rato de silencio, continuó el conde de Creutz, nuestro Solitario volvió á tomar el hilo de su historia en los términos siguientes:

No, nadie se ha burlado impunemente del poder del amor; y cuanto es mas sencillo, mas ingénuo y puro, tanto mas temible es. La fuerza de esta idea sentimental llegó á depositarse sombría y silenciosamente en lo mas recóndito de mi corazón, sin querer tener en adelante mas confidente que el objeto amado: desde este momento debia mi desconfianza haber empezado á ejercer su acción sobre mí mismo; porque desde el punto en que la inocencia tiene cuidado de disimular, deja de ser inocencia. Dejé pues á mi amigo que se burlase como quisiese de mi locura caballeresca; pero al mismo tiempo buscaba todos los medios para hacer que su hermana conociese lo sério de mi empresa.

La juventud es vana y presuntuosa por naturaleza; y el desasosiego con que estaba por saber si el amor habia ó no herido el corazón de Valeria en mi fa-

vor, se mezclaba con la idea de que, visto lo que habia hecho por mí, habia en el fondo algo mas que aquello que llamamos estimación y reconocimiento. Esperaba que, despues de la escena del pensil, se presentase mas á menudo á pasar el rato en las ventanas desde donde habia visto á su caballero; y todos los dias, á la misma hora, me presentaba en el referido sitio, dando vueltas por él como una alma en pena, levantando mil y mil veces los ojos hácia las ventanas donde me prometia verla; pero la desapiadada celosía se mantuvo cerrada por espacio de un mes. Al fin se abrió cierto dia, en que Valeria, vencida por mi constancia, y llena de lástima, se dignó parecer acompañada de Teresa, su doncella de confianza.

Segun lo que veo, me dijo, «parece caballero mio, que teneis aqui vuestro paseo continuo.» Palabras que dichas con cierto aspecto de ternura, me daban bien á conocer que sin presentarse á mí, me habia visto algunas veces por lo menos; me dieron igualmente á entender que yo podia por mi parte hablar á Valeria delante de Teresa, como un caballero hablaria á su dama; y este mismo fue el estilo y tono que me pareció to-

mar. Sí, señora, la contesté; aquí vengo á pasar mis deliquios y sueños, si pueden llamarse tales los únicos pensamientos de que nada nos distrae, y con los cuales se halla el alma enteramente ocupada.—«Esos pensamientos únicos deben sin duda ser los de la gloria....»—Sí, señora, respondí; la gloria que nos hace dignos de la dicha; la gloria, que sola ella puede probar las promesas de un alma elevada y sensible; la gloria, á que jamás se ha resistido un noble corazon; ésta será de la que yo querré formar la estrella de mi suerte; pero, ¡ay de mí!... que siempre se aparta de los que la siguen, y se escusa por mucho tiempo de los vanos deseos de la juventud; y cuando al fin quiere esperarse, ya se ha pasado el tiempo de los deseos: el valor de lo que se la hubiera pedido ha pasado ya á otras manos; y en este caso todo lo que se ha hecho por la gloria, se ha perdido para el amor.» Esta palabra, que por primera vez salia de mi pecho delante de mi amada, me hizo subir al rostro un volcan de ruboroso fuego: pero Valeria, mas inocente, lo oyó sin sonrojarse.—A buen seguro, me dijo, que estais, caballero mio, haciendo reflexiones bastante sérias, y os aconsejo que no os

abandoneis tanto á ellas. Creo dentro de mí misma *que la esperanza es la compañera del valor*: y exhorto á mi caballero, á que no pudiendo querer cosa que no sea noble y justa, de nada desespere. Y mudando repentinamente de conversacion, empezó á elogiar el hermoso cielo y los bellos coloridos de las dilatadas campiñas que se ofrecian á su vista, diciendo que se separaba de ellos á su pesar, porque formaban su único placer. Mi amor, ó si os parece mejor dicho, mi amor propio esplicó lo mejor que pudo cuanto de boca de ella acababa de oir, volviéndome á mi casa con el alma embriagada de las mas dulces ilusiones, que estas palabras aumentaban sobre todo: *La esperanza es la compañera del valor*. Asimismo quedáron y están grabados en mi corazon. Al dia siguiente á la misma hora volví al sitio de mi pasada dicha, pero no se abrió la celosía. Al inmediato fui tambien, y aunque no tardaron en abrirla, pareció Teresa sola, y me dijo: «Caballero; Doña Valeria os suplica, en nombre de lo que mas quiere, que tengais á bien cambiar de paseo, y no venir solo por ningun acontecimiento bajo las paredes de este pensil:» dicho esto cerró su celosía, sin darme lugar á

poderla contestar, teniendo que retirarme consternado de dolor. ¡Ah, si entonces pluguiera al cielo que, abandonado á mis penas, y sin esperanzas, me hubiera la causadora dejado sucumbir! Aquella noche fue para mí una de las mas crueles que pudieron jamás haberme acontecido: Y ¿qué habia sucedido?... ¿atraje por ventura alguna queja ó alguna reconvencion contra Valeria?... ¿habia sido causa de que regase el suelo con sus lágrimas?... no, ella misma sin otro antecedente mas que los temores concebidos por Teresa, en una equivocacion que padeció de mi llegada, tomó la resolucion consabida para evitar los rumores que podrian estenderse contra su fama: esta reflexion me apaciguó, y era lo que ciertamente habia sucedido; mi corazon, aunque envuelto entre penetrantes suspiros, aprobaba esta prudente prevision; pero sentia la imposibilidad de medios que nos quedaba para comunicarnos; en cuyo caso, ¿qué iba á ser de mí?... Adoraba á Valeria, y reconocia la necesidad que habia de obedecer su mandato, no volviéndola á ver mas.

Tales eran mis resoluciones y la crítica situacion de mi alma, cuando ví que Leoncio entraba en mi casa con cier-

ta alegría, que no pudo menos de llamarme la atencion, y me dijo: Amigo mio, vengo á confiaros una noticia muy interesante. Esta es un secreto que he descubierto por casualidad, y que ni aun á mi misma hermana se lo he dicho todavía, á pesar de que para ella es un negocio de la mayor importancia. — ¿Pues qué negocio es? le dije, con una turbacion que con los mas grandes esfuerzos procuraba ocultar.... Puede ser que conozcais, me dijo, á Fernando de Ovandez, hijo único y heredero de un rico título de Castilla, hombre de mucho valimiento en la corte.... Pues bien?... ese Fernando de Ovandez es el esposo que mi padre da á mi hermana. — El golpe mortal que mi corazon recibió con estas palabras fue tan crudo é imprevisto, que no pude resistirlo: un desvanecimiento continuado con una palidez mortal hicieron el rompimiento de un peligroso accidente, que aumentado por un temblor general de todo mi cuerpo, me hizo desfallecer cayendo casi exánime. Leoncio vió correr por todo mi rostro un sudor tan copioso como frio, que me hablaba y no le podia responder; tenia mis ojos cerrados, mi boca lívida y helada; y mi aliento, casi imperceptible, hizo temer á

mi amigo verme muerto en sus brazos.
 ¡Desgraciado! ¿por qué te ocupabas en volverme al perfecto estado de vida, y no me dejaste espirar cuando era inocente todavía?... Sin reclamar la asistencia de nadie, esperó á que recobrase mis sentidos. Luego que me ví en estado de poderlo hacer, pretesté que aquel accidente era efecto natural de una indisposicion que habia tenido; pero de ningun modo lo quiso creer. Viendo entonces que estaba mas impuesto de lo que parecia en el secreto mal que me agoviaba, le dije, arrojándome á sus brazos: «Sí, amigo mio, me acabais de dar un golpe de muerte; me habeis traspasado el corazon, y no espero recobrar la salud: moriré lejos de Sevilla. Recibid mi último á Dios.... Mi última despedida.»

¡Es posible, cielos, exclamó Leoncio, que sea yo la causa de esta desgracia! ¿Qué diria mi hermana si lo supiera, siendo tan sensible y tan reconocida á lo que os debo?

¡Ah! no.... haced porque ignore para siempre el mal que os causa, porque sino seria eternamente desgraciada. ¡Quién habia de pensar que de una chanza sencilla!... de un juego!... de una diversion!...
 ¡Terrible y peligrosa pasion es la del

amor! pero decidme, ¿al fin, qué pretendéis?... — Merecerla, le dije, con mis buenas acciones, hacerme digno de su corazon, y saber de ella, si dando vuestro padre su consentimiento, podria yo contar con el suyo, respecto á que tengo por mi parte un nacimiento y unos bienes que no son despreciables para dejar de aspirar á la dicha de obtener su mano.

Advertid, me dijo Leoncio, que ese no es motivo para desesperaros; hablad á mi padre; me consta que os estima, y que no le es indiferente lo que habeis hecho por mí, y puede ser que tenga á bien cambiar de resolucion en vuestro favor. Bien podeis creer que yo me alegraria mucho de ello, y á mi misma hermana no la incomodaria el que se os diese la preferencia.

Es menester, amigo mio, le dije, que á lo menos por una sola vez la inclineis á que se aviste conmigo debajo de las ventanas de su pensil, dejándome hablar un instaote con ella, porque pretendo consultar á solas con su corazon. Bien açabais de ver que me va en ello la vida; y ya que me la habeis vuelto poco hace, parece que estais en la obligacion de conservármela. Haced cuanto podais para conseguir de vuestra amable hermana que

se digne oirme, sin decirla que la tienen destinada para esposa de otro.

Valeria cedió sin dificultad á los ruegos de su hermano; y Teresa, que ya estaba instruida de mis deseos, quiso apresurar las cosas con el fin de no causarnos la mas leve incomodidad, evitando las dilaciones que pudieran haber ocurrido. Yo me hallaba solo, y mi amada pareció á la vista tambien sin testigos. Al abrirse la celosía me pareció ver abrir los cielos.

Entonces conocí que el amor, ensayado en las desgracias y la contradicción, tiene muchos mas encantos y atractivos, que es mas poderoso su influjo cuando se espera algun consuelo con la presencia de aquello que se ama, y que el placer es mas fuerte y vigoroso que las pasadas penas.

Jamás me pareció Valeria tan hermosa como en este dia lo fue á mis ojos. Era una viva imágen de la estrella que, acabada la tempestad, brilla dando guia y esperanza á los marineros.

No, Valeria, la dije, no es posible explicaros el alivio que me causa vuestra presencia; pero tanto como me anima la fortuna de veros, tanto me son insufribles y dolorosas las horas que paso apar-

tado de vos; y es estar en un continuo tormento el tener que contar el tiempo instante por instante, sin poder acelerar el curso de las horas. — Tambien las cuento yo, me dijo mi amada, y no tengo vuestro valor. — El desliz que cometió con esta palabra, y el admirable fondo de amor y dulzura que encierra, me habria compensado un siglo de padecimientos.

Volvi á repetirla entonces las palabras mas espresivas y significantes que me pudo sugerir mi encendido amor, y me determinaba, aunque temblando, á rogarla me concediese el permiso para pedírsela á su padre, cuando ella me propuso lo mismo en fuerza de su inocencia, su buena fe, y su corazón ingenuo; prendas mas dignas del cielo, que de la tierra corrompida con nuestros vicios y maquinaciones.

«Formoso, me dijo, mi fiel Teresa y yo hemos reflexionado que nuestra comunicacion puede fácilmente esponer mi buena fe si toma el aspecto de su entredor amoroso ó de una novela. Vos me amais... yo lo creo... mi hermano me lo asegura. Confieso que para mí será lo mas cruel tener que hacer desgraciado á quien debemos tanto. Mi padre hubiera

perdido sin vuestro brazo un hijo, que es su única esperanza y el único heredero de su nombre. Me consta cual es vuestro nacimiento. Se sabe tambien (y es lo que menos me interesa) que teneis bienes de fortuna. Aprovechaos de estas ventajas, y haced que yo pueda á vista de todo el mundo estar tan llena de satisfaccion, como lo estaria de amar como esposo á mi noble y valiente caballero.»

No debiendo hacer otra cosa mas que idolatrar las bondades de esta amable muger, la prometí apresurar mi peticion, pues que así lo queria ella misma animándome para ello, y con esta promesa dimos fin á nuestra feliz conversacion.

Leoncio me indicó las personas á quienes su padre les permitia mayor confianza, haciéndose con ellas mas accesible, y aun encontré algunas entre las que estaban relacionadas conmigo; las hice interesarse por mí, y tomar el negocio á su cargo.

El marqués recibió con frialdad (aunque sin faltar á la política), los preliminares que se le propusieron. Hizo mi elogio con cierto imperio mezclado de bondad; añadiendo que mi enlace era de

aquellos que nadie podia tener sino á mucha honra el admitirle; que él no podia menos de agradecerme con toda voluntad mis deseos de aspirar al de su querida hija; que le debia el concepto de tener un alma elevada, capaz de aumentar la gloria y honor de mis antepasados: pero que siendo la suerte futura de su hija, en su modo de pensar, el objeto digno de las mas maduras reflexiones, necesitaba tomarse algun tiempo para venir á decidirse.

Esta respuesta, que no era del todo favorable, tampoco era absolutamente dirigida á la negativa de la pretension: el carácter del marqués, por lo mismo que tenia de orgulloso, hacia esperar lisonjeramente lo que no pensaba conceder; porque no prodigaba alabanzas ni amistad á persona alguna. A pesar de todo, no dejaba de recibirme con la misma estimacion y miramientos que antes; por lo que Leoncio y yo nos persuadimos que no pensaba mas que tomarse tiempo para deshacer el convenio empezado á entablar con los Ovandez; y con mas ó menos confianza pensaba lo mismo que nosotros Valeria y su confidente Teresa. De esto mismo nació el nuevo impulso que tomó nuestra

intimidad , nuestras conversaciones , y nuestros compromisos. Los paseos al jardín se hicieron mas frecuentes , y temiendo Teresa que si así continuaban , darian entrada á los tiros de la maledicencia , los cortó de raiz , teniendo por mas prudente proporcionar por sí misma que nos viésemos , sin estar espuestos á las maliciosas observaciones de todo el que pasaba por aquellos sitios ; y esta medida fue otro nuevo paso para acercarnos mas y mas al precipicio.

Tenia libertad para ir á ver á mi amigo cuando quisiera , y con este motivo estaba franca la entrada al jardín á todas horas : estábamos agenos de que nadie nos espiese , en razon de que el pensil se hallaba al cabo de la cerca , algunos pasos de intervalo apartado del palacio , y en disposicion de que Valeria y Teresa pudiesen entrar en él por cierto rodeo oculto que le servia de único camino. Y aunque nos hubieran hallado juntos , la compañía de Leoncio y la vigilancia de Teresa , quitaban toda cualquier sospecha que pudiera formarse por la maledicencia ; y de este modo de lazo en lazo nos encadenaba cada vez mas nuestra funesta suerte.

No podia haber en el mundo cosa mas

inocente que nuestras dulces y sencillas conversaciones en aquel pensil tan hermoso como solitario ; el carácter alegre de Leoncio era el primero que respetaba la modestia del lenguaje y las acciones ; mi amor tenia las apariencias de un culto que rayaba al par de la veneracion , y la ternura de Valeria no descorria , ni por un instante , el velo de la mas pura y acendrada amistad. Mis miradas no eran menos tímidas que mi produccion ; las de mi amada no se fijaban sobre mí , sino para darme gracias por las súplicas que yo elevaba al cielo , para que la hiciese tan feliz como la habia hecho hermosa : pero ¿ á quién estaria reservado el desvelo por su felicidad?..... Acaso ¿ seria á mí?..... Yo no me atrevia á creerlo.

Leoncio estaba mas confiado en ello. Las palabras llenas de afecto y atencion que se le deslizaban á su padre siempre que hablaba de mí , así como la buena acogida que me dispensaba antes y despues de mi peticion ; la condescendencia con que permitia á su hijo que continuase mi amistad , y los vislumbres de esperanza que amontonábamos para guardarlos como un tesoro , parecian bastantes para asegurarnos una tan dulce

como peligrosa ilusion. Asi era que la idea de nuestro enlace agotaba todos nuestros pensamientos, y comunicaba al amor la castidad de sus deseos y la santidad de sus promesas. Pero fatigado con una pasion que, para refrenarla, se hacia indispensable estar en continuo ejercicio contra ella; que todos los dias cobraba nueva fuerza, de modo que cuanto mas la oprimia dentro de mi pecho, tanto mas se irritaba contra mí, por tenerla en él como aprisionada; me creí con derecho para quejarme á Valeria del estado de mi corazon, sobre el que hacia tantos esfuerzos, esperando algun alivio á mis males; haciéndolo por medio de un billete que, llegando á sus manos, la esplicase (aunque tímidamente) lo mucho que padecia con esperar en silencio la resolucion de su padre, sin atreverme á solicitarla. Agitado con estos pensamientos llegué, despues de haber escrito, bastante triste al pensil; y Leoncio, que se hallaba presente, no tardó mucho en estrecharme cuanto pudo para que le dijese la causa de mi melancolia: le respondí que no podia decirse-la, sin embargo de que sentia en mi corazon un peso, del cual deseaba librarme cuanto antes.

Aprovechando en seguida la turbacion en que pusieron á Valeria estas palabras, me acerqué un poco á ella, y con toda reserva la entregué el billete fatal. «Voy, la decia en él, á sucumbir á mis amargas penas, y á vos sola puede confiarlas mi lastimado corazon; consoladme, bien mio, disipando los temores que me rodean; sed mi consejo y mi guia.» Seguia describiéndola la triste pintura de mi continuo padecer con el dilatado silencio de su padre, manifestándola que de todas las desgracias que podian amenazar á mi existencia, seria, la que no tendria ánimo para resistir, la negativa del marqués en concederme la mano de mi amada.

Pero ella, ¡ay de mí! prorumpió en sollozos, diciendo: «jóven demasiado sensible y generoso: (supe despues que habia bañado con sus lágrimas los tristes caracteres de su amado) ¡Ah, Dios! (esclama) ¿será posible que quien ha salvado á mi hermano de la muerte, esponiendo su vida en obsequio de todos nosotros, quede ahora, si mi padre le dilata ó niega la gracia que le pide, abandonado á la mas horrible desesperacion?... Vamos á socorrerle..... — En efecto, tomó la pluma; y su respuesta

fue como ella misma , ingénuo , sensible y prudente. — «No os apresureis en nada (me decia al concluir su escrito); mi padre es demasiado dueño de sí mismo en todo y por todo: se ofenderia si llegase á penetrar vuestra impaciencia. Dejadle que decida nuestra suerte: imitad el respeto y el silencio de su hija: imitad asimismo su ánimo; y conservad esa constancia que vuestra divisa me ha prometido , y que honra tanto al amor dichoso , como al desgraciado.» — Mis enagenamientos , la embriaguez de mis ideas , las protestas de sacrificarme , obedecer , y abandonarme á su voluntad , sirvieron de respuesta ; pero al confiarla el dominio sobre mis acciones , se perfeccionó entre ambos una correspondencia secreta , que sirvió para ir adquiriendo las íntimas relaciones que forman el lazo mas peligroso del amor. Por parte de mi amada , brillaba en ellas la razon , la bondad , las virtudes sencillas de la naturaleza , y todos los atractivos de la mas pura inocencia. Por la mia , se manifestaban los sentimientos mas vehementes y apasionados , las mas vivas inquietudes y los deseos mas impacientes , con cuanto fuego puede estallar de una imaginacion acalorada y un

corazon enardecido. Tales eran los conceptos de las cartas que entre nosotros pasaban de una mano á otra , á escondidas de nuestros testigos. Bien podreis pensar que la llama devoradora de mis escritos penetraria insensiblemente hasta el alma de Valeria , cuyas potencias y sentidos deberian de resistirse del mismo delirio que yo padecia. Persuadido de que ella me amaba con su ternura ingénuo , y Valeria convencida de que yo la queria con el mas sincero y respetuoso amor , estábamos tan llenos de satisfaccion y mútua confianza , tan embelesados con nuestras lisonjeras esperanzas , y tan ocupados de nosotros mismos , que no habia cosa alguna en este mundo capaz de llamar nuestras atenciones ni de provocar nuestros deseos. Solo á Dios , y á nosotros con su ayuda , era *dada* la potestad de hacernos en este mundo mas felices de lo que éramos. Pero este dulce encanto vino á disiparse bien pronto.

Un dia ví llegar hácia mí á Leoncio inquieto y turbado. «Amigo mio , me dijo , no sé que pesadumbre se ha apoderado repentinamente de mi hermana ; acabo de dejarla sumergida en el mas profundo abatimiento ; en vano

la hemos instado Teresa y yo para que nos descubra lo que pasa en su corazón: obstinada en callarlo, nos dice que es á vos solo á quien quiere hablar. Mi padre va á salir, y para ello tiene ya dispuestos los caballos; dentro de un momento tendremos libertad, y vendreis á verla.» Luego que llegamos estaba Valeria con su doncella Teresa en el jardín, y al avistarnos hizo señal á su hermano para que nos siguiésemos al pensil; lo hicimos, y de allí á poco se presentaron las dos en donde estábamos.

Dejadme, les dijo, con cierto aire de frialdad y aparente calma; dejadme sola un poco con Don Mauricio; tengo que decirle un asunto que á él solo pertenece saber.... Cuando nos hallamos sin testigos, me dijo: «Vos me habeis prometido una constante sumision á mi voluntad, y ahora ha llegado el momento de que me deis la prueba. Tengo dos penosos sacrificios que exigir de mi amante; pero, antes de explicarme, espero que me preste el mas solemne juramento de obedecerme en cuanto le mandare.» Ya os entiendo, la dije: ¿me quereis reducir á que viva, y no os vuelva á ver mas?.... ¿Vos no podeis

ser mia ya?.... Os entregan á otro, y vos quereis, cruel, ¿que yo os pierda sin morir!.... No, de modo alguno lo haré, ni me podreis arrancar ese detestable juramento.... En el instante empezó á angustiarse de sumo dolor su tierno y sensible corazón, y sus hermosos ojos se anegaron en llanto. ¡Ay, Formoso! me dijo: «asi es verdad; mi padre ha pronunciado la sentencia de mi fatal destino.... Mañana llegará el desconocido (para mí) Don Fernando de Ovandez, y dentro de ocho dias tendré que ser su muger. Os he querido dar mi última despedida, al tiempo de noticiaros mi desgracia. He temido dar este encargo á mi hermano, para evitar que la desesperacion no os arrastrase á cometer algun delito. ¡Ay de mí! ¡y cómo ya no es mia la vida que hubiera querido hacer dichosa! pero no podrá menos de serme siempre cara y apreciable! mas si atentais contra ella, tened presente, querido Formoso, que atentais tambien contra la mia, y traspasareis dos corazones, pensando traspasar uno solo. Yo puedo sobrevivir á una desgracia, á que mi deber me condena, pero no podré hacerlo á vuestra muerte.»

Yo la escuchaba con un dolor tan penetrante como mudo, sin poder llorar ni aun alterar la respiracion. Mi corazon estaba oprimido, mis ojos áridos; un fuego requemador habia secado los conductos de mis lágrimas, y me abrasaba la sangre. Volviéndome á Valeria, la dije con una voz entrecortada: »¿Con que esto es hecho?.... ¿Ovandez os logra?.... Se le prefiere á mí!.... Ovandez será vuestro esposo!.... Entonces no me habeis amado.... ¿No me amais ya mas? ¿Me habeis pues, engañado; me habeis comprometido?.... —¿Yo os he engañado, cruel amante?.... ¿Teneis ánimo para volver contra mi corazon el puñal que ya le ha maltratado?.... ¿Acaso soy libre?.... Me entrego por mi voluntad á....?— Si no es á mí, ¿á quien engañais? ¿será pues?....

A esta contestacion tan alucinada y ambigua, me interrumpió diciendo con un espiritu inesperado en su edad.— »Hombre despiadado, acabad conmigo; hacedme vil y culpable á mis propios ojos, poder teneis para ello: mi loco amor os concede sobre mí esta ventaja; pero tengo ya demasiado tiempo de vida para sufrir y expiar esta flaqueza. Obedecer á mi padre, es el pri-

mero de mis deberes. El cielo cuidará de hacer lo demas. Sí, el cielo creo que me dará fuerzas.... —¿Para olvidarme!....—¿Bien es menester!.... ¿El que me olvideis?.... (esclamé), y al mismo tiempo, arrebatado de furor, saqué la espada, determinado á pasarme con ella el corazon. Trémula, desmadejada y casi desvanecida, se precipitó sobre mí, y con su mano apartó el acero de mi pecho: cayó llorosa entre mis brazos, pidiéndome gracia, y escitando la lástima en favor de nuestra conservacion. Esta escena tumultuosa causó en nuestras almas el contraste de todo lo mas dulce, y de todo lo mas amargo que hasta entónces pudo el amor hacer probar. El doloroso desórden en que nos hallábamos daba lugar á que su pecho estuviese junto con el mio; nuestros corazones se sentian el uno al otro palpitar mas cerca que jamás lo habian estado; su hermoso rostro, inundado de lágrimas, se veía apoyado sobre unas de mis megillas: sus amorosos y encendidos labios, tocando frecuentemente con los míos, confundian nuestro llanto y nuestros sollozos con el mas ardiente fuego, al tiempo que en nuestros ojos se hallaba estampado el do-

lor, la libertad de amar, la desesperacion de la suerte futura y la confianza de la presente, sirviéndole de rémora lo poco que podia durar; pero en medio de este piélago profundo estaba el amor y..... pero ¿qué digo?..... respeto, pudor, inocencia, todo pereció, y la razon me manda echar un velo sobre nuestro delito.

Este crimen, perpetrado y cometido de unánime voluntad en un momento de error, es el crimen que estoy expiando con los recuerdos mas desoladores, y con lágrimas difíciles de enjugar; pero este mismo crimen pareció haber mudado totalmente el carácter de Valeria; así es que á su natural timidez, se siguió la mas asombrosa resolucion.—Formoso, me dijo (apenas habia cesado el estravió de nuestros sentidos): yo soy toda tuya; no temas, que jamás podré ser de otro que de ti.—¡Ay! la dije, que tu padre, tu inflexible padre, acaso el mas altivo, violento y empeñado en su gusto de todos los hombres, te amenazará y te hará obedecer.—Jamás conseguirá mi padre lo que sea imposible á mi voluntad El delito lo he cometido yo; yo soy la responsable, y no logrará nunca que de tus brazos pase

á los de otro.—Apenas habia acabado de decir estas palabras, tomó mi espada, é hiriéndose ligeramente con ella, sacó sangre, que la sirvió de tinta para escribir el juramento (¡Ay Dios, y cuan inútil!) de no tener ni tomar otro esposo que D. Mauricio. Yo me levanté, y haciendo otro igual de no tener mas esposa que Doña Valeria de Vela-mar, me dijo:—

» Ahí teneis, amado Formoso, quitándose uno de sus ricos brazaletes, una prenda indeleble de mi amor y de mi compromiso; no la abandoneis.»

Este último rasgo dió á nuestros corazones una pérfida y engañosa calma, en cuyo estado pasé á reunirme con Leoncio. » Amigo mio, le dije, vuestros temores no eran infundados, y aun creo que cuando me hablasteis, ya lo sabiais todo. El casamiento de Ovandez con vuestra hermana está ya decidido, y el señor Marqués, vuestro padre, lo ha hecho entender así á su hija; ved la estocada de muerte que se me dá, y que á toda costa es menester tirarla un quite.»

Yo me hallo, dijo Leoncio, friamente, tan desconsolado como vos, y no ignorais con la alegría que yo os

habria visto preferido á otro alguno; pero la voluntad de mi padre es para nosotros una ley, y una ley tan inviolable, que no podemos eludir ni quebrantar: ¿qué quereis?... es una desgracia que no tiene remedio. Mi padre no tiene mas que hablar para ser obedecido; por lo demas, en quanto al marido que la dá á mi hermana, la conviene de todos modos. Don Fernando reune á su elevado nacimiento una inmensa fortuna, una presencia amable, y un valor distinguido. Mi hermana hubiera sido mas dichosa á vuestro lado, no lo dudo; pero yo espero que con un esposo semejante, lo pueda ser todavía. — Estas palabras de Leoncio fueron causa bastante para despedazarme el corazon, y no pude menos de contestarle, que por mi parte comprendia que no lo podria ser. Consultadla vos mismo, y si su corazon repugna ese enlace, os suplico, querido Leoncio, en nombre de la amistad y la naturaleza, que os intereseis para disuadir á vuestro padre del empeño que ha tomado en hacernos infelices á los dos.

Este discurso pareció ofender la inclinacion de mi constante amigo, y me contestó. — Que su hermana era bien

nacida y bien educada; lo cual le hacia presumir, que acaso la desagradase mas el favor que yo la procuraba, contando con su voluntad y su corazon, que eran libres. Pero que aun cuando sucediese que sus deseos se apartasen, como yo lo suponía, de la eleccion que habia hecho su padre, me advertia que no se le haria jamás mudar de resolucion, siendo su palabra irrevocable; de forma que, ya dada, no habria fuerzas humanas que le hiciesen faltar á ella. Que á su hermana no le quedaba mas recurso que el de resignarse y obedecer; ni á mí, ya que le ponía en el caso de decírmelo, otro que una lejana y perpétua ausencia: conozco, me añadió, que he sido demasiado imprudente, sosteniendo vuestras poco seguras esperanzas; pero aun es tiempo de remediar el mal que mi ciega condescendencia ha podido causaros; y por vuestra quietud y la de mi hermana, exijo vuestra palabra de que no la vereis mas cortando con ella toda especie de relaciones. — Las propuestas de Leoncio parecían justas á todas luces, como último termino para enmendar los yerros á que él habia tambien contribuido; pero el daño mayor estaba hecho. El

amor caminaba por sendas estraviadas; y el amor descarriado ¿se deja acaso imponer leyes?...

A la verdad, le repliqué, que no pensaba yo encontrar la amistad tan parásita y tranquila en D. Leoncio de Velamar, y no puedo menos de decir lo poco que le interesa la penosa situación de su amigo, y con qué serenidad de ánimo ve su desgracia, atemperándose á ella con una facilidad, que de ningun modo altera su espíritu ni alarma su corazón. Le doy mil gracias por los consejos que acaba de darme; y en cuanto á las prohibiciones que me ha propuesto, no reconozco en él derecho alguno para hacerlas, debiendo haberse abstenido de decírmelas. Pero como tomase para responderme cierto tono colérico y amenazador, me retiré sin querer escucharle. Al día siguiente supe que Ovandez acababa de llegar, y que la puerta del palacio de Velamar, estaba cerrada para mí, precaucion que el Marqués habria mirado con indiferencia; pero que la vengativa oficiosidad de su hijo, tal vez, pondria en práctica. Supe tambien por un billete, que me escribió Teresa, las quejas y reconvenciones que Leoncio habia hecho á su hermana

acerca de lo atrevido de mis respuestas; y lo supe tambien por una carta de Valeria, en que aprobaba el procedimiento que habia tenido sobre los mismos particulares, vertiendo en ella tanto ánimo como dolor; pero este ánimo no tardó en abandonarla apenas llegó la hora de la vista con el prometido esposo. La costó tres días de ardientes calenturas, que pusieron su vida en evidente peligro de perderla. Se vió obligada á llamar un religioso de san Gerónimo, á quien quiso consultar las desgracias y violencias que á su alma tenian tan agoviada.

Despues de haberle confesado cuanto pasaba en su corazón, le dijo: «Yo, padre mio, he podido ser débil, pero jamás seré falsa ni pérfida; y por amargo que sea el pesar de mi falta, existe todavia la causa de ella impresa en lo íntimo de mi alma. Seria engañar traídoramente á dos hombres á un tiempo; pasar á los brazos del segundo, que se presentase con el pecho embriagado de amor, estando yo penetrada de un amor ardiente por el primero. No es posible que yo me arroje á cometer tanta bajeza; así espero que alcanceis de mi padre que me mande quitar la vida, ó

me encierre para siempre en un convento.

Este sacerdote, tan prudente como virtuoso, se habia enterado lo bastante para creer cuan cerca estaban de estallar las desgracias que la inocencia de mi amada no habia podido preveer. Supo hacer uso tan á tiempo del ascendiente que su carácter le daba sobre la conducta del Marqués, que éste (ya fuese mirando por la salud de su hija, ó ya por no caer en la nota de violentar su vocacion), cedió al fin, conviniéndose á suspender el casamiento. Entretanto se le recibia á mi rival con una frialdad, que lastimaba su amor propio del modo mas cruel, y esta causa no es menos recelosa que el mismo amor; no porque Ovandez estuviese enamorado de Valeria, sino porque el orgullo suele llenar el vacío que el amor no puede ó no quiere ocupar.

Las imputaciones, de lo que Ovandez llamaba su injuria, vinieron precisamente á estrellarse contra mí, y resolvió tomar venganza. ¿Por qué medios pudo mi rival saber que yo era el causante del mal éxito de sus deseos? no lo sé. Acaso puede que Leoncio le instruyese imprudentemente de ello. Me

lo he sospechado, y puede que haya sido injustamente; pero de cualquier modo que esto sea, es cierto que Leoncio olvidó mi amistad, y que en un acceso de cólera llegó hasta el extremo de repetir contra mí los necios resentimientos de Ovandez.

Ya se habia pasado mas de un mes sin que el marqués de Velamar hubiese dispuesto cosa alguna acerca de la suerte de su hija; y aunque ésta habia suplicado constantemente que la pusiesen en un convento, no lo habia podido conseguir.

Las ideas religiosas han sido y son siempre veneradas de los españoles, y cuando una persona declara que Dios la llama al claustro, es muy raro ver que los padres se opongan abiertamente á semejante determinacion. Velamar parecia oponerse tácitamente á la resolucion de su hija; pero no estaba en su cálculo el reprendérsela; y asi todo se hallaba en una silenciosa suspension.

Una noche se presentó Teresa en mi casa preguntando por mí; venia disfrazada con una manta que la cubria toda su ropa y desfiguraba el aire de su cuerpo, tan aterrada y trémula, como un criminal cuando acaba de fugarse del

peligro evidente de un suplicio. »¡Ay, D. Mauricio! me dijo; ya no tenemos tiempo para deliberar acerca de mi señora; han determinado retirarla á un convento; venid á verla. Está desesperada, y á riesgo de perderse; os espera en el jardín, y allí tendreis unas cuerdas que hemos anudado en forma de escalas, para que podais subir al pensil.» En efecto, fui á beneficio de la oscuridad de la noche, y encontré á Valeria en la mas profunda desolacion. Amigo mio, me dijo: «es menester fugarnos en la noche de mañana, como única esperanza que me queda; á esta misma hora espero que estareis aqui. Ya no se trata de salvar mi vida, si no *la de vuestro hijo.*»

¡Ah, señor! me dijo Mauricio, interrumpiendo su narracion: ¿habeis amado?... — Sí que conozco la pasion del amor.— ¿Habeis sido padre? — No, amigo, no he tenido esa dicha.— Pues entonces no podeis concebir ni yo esplicaros dignamente la impresion que hizo en todas mis facultades esta palabra *vuestro hijo*. Todo lo que el amor y la naturaleza tienen de mas animado y tierno, eso fue lo que me inspiró mi corazon para infundir en el alma de mi

amada esposa el valor y firmeza de que tanto necesitaba.

La prometí que á la noche siguiente me tendria sin falta en el mismo sitio y hora con una silla de posta, tirada de caballos mas veloces que el mismo viento. El puerto de Cádiz, un navío y la Francia, eran los polos de nuestra seguridad; pero ¡ah, engañadoras esperanzas! estaba muy lejos de nosotros el reposo que necesitábamos.

Apenas me habia despedido, fuese que Leoncio tenia espías puestas á su hermana, ó bien que Ovandez estuviese en observacion para seguirme, sucedió que no habia andado cien pasos fuera de la cerca del jardín, cuando al escaso resplandor de la luna ví dos hombres que me esperaban. Al llegar junto á ellos avanzó el uno, y arrojando su capa al suelo, se lanzó sobre mi sin decirme palabra con espada en mano. Me puse en defensa con la mia, y á mis primeros golpes tuvo que retirarse mal herido. ¡Ah, traidor! dijo, cayendo en tierra á pocos pasos; y cuando á su voz vine á reconocer la de Leoncio, os podeis figurar cual seria mi dolor. Al instante le reemplazó el otro, y no tardé mucho en conocer por sus movimientos

coléricos é impetuosos que era mi rival el que me atacaba. Tal era el furor y rabia con que lo hacia, avanzando hacia mí con todo el cuerpo inclinado, que, bajando la cabeza, logró herirme en el brazo que tenia la espada, dandome un golpe con tal violencia, que estuve á pique de verme desarmado: irritada mi serenidad con tal modo de pelear, le descargué uno tan á mi salvo que le pasé el pecho de parte á parte; cayó en tierra regandola con su sangre; yo me volví pies atrás con ánimo de hacer salir á Valeria, y fugarnos aquella misma noche; pero no fue posible verla ni hablarla; ya habian retirado las escalas, y las ventanas del pensil estaban tambien cerradas: llamé del mejor modo que pude; pero nadie se atrevió á abrimme, aun en el caso de que me oyesen.

Ensangrentado y lleno de turbacion (que no puede menos de estarlo el homicida, por involuntario que sea), traté de volverme por el sitio de la lid; pero el horror de pasar por entre dos cuerpos, traspasados por mi misma mano, me hizo mudar de dictámen; y despues de un rato de indecision, tomé un camino totalmente opuesto. Con el

objeto de que los heridos no quedasen sin socorro, dirigí hácia ellos dos hombres, que encontré cerca del centro de la ciudad, dándoles las señas del parage donde habia oido algunas voces y ruido de armas, lo que me hacia creer que hubiese sido alguna pendencia, á la que por estar solo, no me habia querido acercar.

Toda aquella noche fue para mí un prolongado suplicio. Matador, bien á pesar mio, y obligado á ser el raptor de lá que miraba como á mi esposa, me veía acosado de una multitud de crímenes, que aunque todos involuntarios, se encadenaban sin dejarse suceder los unos á los otros. Entregado desde aquella noche fatal al furor de dos enemigos, á cual mas poderosos y difíciles de reconciliar, no se me representaban á la imaginacion mas que prisiones, cadalsós y deshonor; así como vergüenza y desesperacion para aquella que, sin mi amor y conocimiento, hubiera sido la gloria de su familia y el ornamento de su sexo; que adorada en su patria, disfrutára dias venturosos y afortunados. Pero ¡qué fatalidad! ¡qué espantoso destino la esperaba!

Cuando el sol empezaba á iluminar

el horizonte envié á *Francisco*, el mas querido y fiel de todos mis criados, para que viese y observase cuanto se dijese por Sevilla, relativo á mis sucesos: halló que por toda la ciudad no se hablaba de otra cosa que de la pendencia tenida por D. Fernando de Ovan-
dez en compañía de D. Leoncio de Velamar contra una persona desconocida, que al primero le habia quedado muerto, y al segundo mal herido.

Tampoco se decia por qué causa se habia movido la contienda; y así en todo el dia nadie me nombró para nada.

Esperaba la noche con impaciencia, para presentarme de nuevo bajo las ventanas del pensil, á pesar del cuidado con que me tenian las desgracias ocurridas. Estuve todo el dia ocupado en los aprestos de nuestra malograda fuga. Llegó al fin la hora deseada, y me acerqué á los muros del jardin, tomando antes con mis criados las precauciones que parecieron mas prudentes para evitar nuevos desastres. Esperé inútilmente; se pasaron las horas; las personas que esperaban no pudieron venir; el terror y la idea de nuevos males se apoderaron de mí, é hicieron

tal impresion, que apenas pude entrar en esfuerzo para reanimar mis desfallecidas esperanzas. Me mantuve inmóvil, y escuchaba oprimiéndome la respiracion; pero no pude percibir el mas leve ruido: así pasamos algunas horas mas entre continuas angustias, sin alterarse el profundo silencio que reinaba en el jardin y las habitaciones inmediatas. Mis caballos parecia que estaban como yo, espantados y trémulos, herizados de terror y de impaciencia. Al fin vino el alba, y las ventanas del pensil estaban tan cerradas como antes; el peligro en que me ponía con permanecer allí, me hizo, á pesar mio, abandonarlas. Lo mas temible para mí era tener que introducirme en la ciudad para llegar á mi casa; sin embargo, me atreví á verificarlo, y aun hoy dia no puedo concebir como no hice mayores tentativas para sacar á Valeria, ó mas bien, cómo tuve resolucion para alejarme sin ella. Empleé toda la sagacidad de *Francisco* para ver si podia indagar lo que pasaba en el palacio del Marqués, y nada se pudo conseguir.

Los criados, que conocian muy bien el humor de su amo, estaban tan tré-
tricos y silenciosos como él; nadie hu-

biera dicho sino que se les pagaba para no hablar. A pesar de tantos peligros, no dejé de rondar la noche siguiente los alrededores del jardín, y las ventanas por donde podía esperar lo que deseaba; pero todos mis planes me salieron fallidos, sin hacer otra cosa que aumentar el tormento de mis pasados recuerdos. Ya estaba casi decidido á ejecutar un acto de desesperacion, rompiendo por todos los imposibles, ó pereciendo en ellos para sacar á Valeria, de donde quiera que estuviese, cuando ví entrar por mis puertas al virtuosísimo Monge Gerónimo, de quien mi amada me habia hablado como de un ángel de paz, espíritu caritativo y bienhechor. — «Formoso, me dijo, retiraos inmediatamente de Sevilla, y no pernoctéis en ella ni aun esta noche; atravesad los mares bien de mañana, si no quereis veros preso, y dentro de poco sentenciado á una muerte afrentosa para vos y vuestra noble familia. Leoncio ha recobrado el uso de sus sentidos, y se toman medidas para que sea interrogado judicialmente: lo será, y desde el instante os véreis perseguido por la justicia con el mayor teson. Ahora dejo á vuestra prudencia escoger las medidas

que hayais de tomar con arreglo á vuestra crítica situacion.»—

¡Ah, Padre mio! le dije; yo doy mil y mil gracias al cielo por la benignidad con que se ha dignado conservar la vida de Leoncio, y quisiera de todo corazon que mi rival disfrutára del mismo beneficio; pero en cuanto á mi salida de Sevilla, ¿sabeis lo que tengo que abandonar, y en qué estado está?... — Ya lo sé; pero está encerrada rigorosamente con su doncella Teresa, y tanto á la una como á la otra les es imposible poderse evadir. — ¡Ah, cielos! ¿y cómo quereis que yo piense en salvarme, dejándola en un mar insondable de vicisitudes? — Ella lo quiere así, ella os lo manda. — ¡Ay, Dios! si vos lo sabeis todo, Padre mio, ¿cómo la he de abandonar? — Y ¿qué podríais hacer por ella, despues de perder vuestra libertad, cuando está con guardas de vista, y encerrada bajo las llaves de su padre?... — Pues bien, el estremo de mi desesperacion llegará, y entonces yo me arrojaré á los piés de su padre, y.... — Eso es cabalmente lo primero que me ha insinuado que no hagais; y lo que me dá lugar á decir que no habeis estudiado mucho

el carácter impetuoso é inexorable del marqués de Velamar: es tal, que os haria conducir desde sus mismos pies hasta el patíbulo. Imaginaos cuál sería la cólera de su corazón, cuando, teniéndoos delante, contemplára que (aunque involuntario), sois el homicida de su hijo; el de un hombre, á quien él queria honrar haciéndole de su familia; y que sois tambien el seductor de su hija, lo mismo que el causante de los disturbios de su casa? ¡Ay, amigo! apartad de vuestro pensamiento (por ahora) las ideas de generosidad y de clemencia que pudiérais prometeros de él, y evitad mas bien que acaso venga á desahogarse derramando la sangre de su desgraciada hija. Solo puedo deciros que si Valeria sabe en algun dia vuestra prision, y por consiguiente vuestro suplicio, en el mismo instante dejará de existir; y entonces llevareis el dolor de ser el asesino de vuestra prometida esposa y vuestra desgraciada prole. — Y si yo la abandono, ¿qué será de ella? ¡Oh, mi Dios! — Sí, ciertamente; á Dios es á quien debeis acudir, y en quien únicamente podeis confiar; á él debeis implorar su poderosa proteccion, que os la concederá, siempre

que pongais de vuestra parte los medios para alcanzarla. Por lo que á mí toca, no tengo mas esperanza que la traslacion de Valeria á un claustro, única cosa que, como medida de espíritu religioso, me atreveré á proponer al Marqués, sin temor de ser tratado con aspereza: si esto se llegase á verificar, podria Valeria contar con mis buenos oficios, para conseguir en adelante su entera libertad; mas para esto es menester que pasen los primeros embates del dolor y del agravio, que aun están muy recientes en el alma de su padre. —

¿Y podria yo, le dije, saber por vuestro conducto la situacion de mi amada, lo que hagais en su favor, y cuando ó de qué manera podré yo socorrerla por mí mismo?... — Lo sabreis todo, me dijo este caritativo Sacerdote; os seré fiel en vuestra desgracia, y os lo prometo por todo lo que en el mundo hay de mas santo y respetable. — Pues en este caso, á Dios, Padre mio, le dije, con las lágrimas en los ojos: á vos confio la suerte de esa malafortunada esposa. No la abandoneis, que yo haré todo lo posible para que recibais noticias de mí.

Adelantarnos á Cádiz antes que llegase la noticia de la pendencia, y salir de bahía en el primer navío que saliese para Francia, hubiera sido la medida mas prudente, y de este parecer era mi criado Francisco; pero salí de los límites de España antes de saber la suerte de Valeria; interponer un abismo de agua entre ambos, perdiendo tal vez las esperanzas de volverla á ver, eran para mí unas resoluciones tan duras, que antes de abrazarlas, hubiera luchado con mil muertes que hubiera tenido delante de mí.

Viendo Francisco mi poca voluntad de embarcarme, me aconsejó que nos dirigiésemos hácia las Alpujarras de Granada, desde donde pasaríamos á Murcia. En esta provincia, decia, está mi patria; mi padre vive todavía. Él os dará un asilo, ó á lo menos estareis seguro de que no os han de entregar traidoramente. Seguí este dictámen, como el mas adaptable á mis ideas, y retirado de todo el mundo en casa de su anciano padre, hice que Francisco regresase á Sevilla, para que por medio del P. Atanasio, pudiese tener noticias de Valeria, con lo que pudiese adquirir del estado de mi causa, y en

el que estaban las cosas de la casa de Velamar; pero todo fue inútil, porque el receloso Marqués habia separado al religioso de la comunicacion con Valeria, teniéndole por agente de su hija y promovedor de sus deseos para retirarse á un claustro. Francisca no pudo saber otra cosa de boca del religioso, que las tentativas infructuosas que habia hecho para volver á entrar en casa de Valeria. Cuando Francisco me trajo estas noticias, no quiso ocultarme el estado de mi causa sentenciada en rebeldía á pena de muerte y confiscacion de todos mis bienes. En las diligencias del proceso no se hacia mencion de Valeria ni de otro alguno de los Velamares. Silencio que el Marqués tendria por conveniente para cubrir su honor. Pero el inexorable Ovandez, padre de mi rival, aceleraba la venganza con el mayor furor, presentando por testigos contra mí á los hombres que yo dirigí hácia donde se hallaban los heridos la noche de la contienda. Mi fuga acabó de hacerme criminal á los ojos de los jueces, y todo se decidió en contra mia.

Pongo al cielo por testigo que de todas mis desgracias, me fueron éstas las menos sensibles. Mi situacion fue mas

dolorosa cuando al cabo de un mes se presentó Francisco al P. Atanasio, para ver si sabia el estado de las cosas de Valeria; y este religioso le dijo con el mayor sentimiento, que no tenia mas noticias de Valeria, que el saber no existia ya en casa de su padre; pero sin saber cual seria su paradero, y que por consiguiente no podia dar razon de ella para en adelante, constándole que no estaba en Sevilla, ni menos en convento alguno de los que él conocia.—Pues ¿donde (dijo mi fiel criado) se hallará esa desgraciada señora?... Entonces el religioso perplejo y aterrado (levantando sus manos al cielo), se encogió de hombros, é inclinando tristemente su rostro, respondió á Francisco.—Preguntádselo á su padre, quien tal vez os descubrirá lo que deseais saber; es un secreto reservado al cielo, y á él mismo.

—¡Ay, Dios! prosiguió Formoso, y cómo creo que este padre cruel y despiadado, instruido del vergonzoso estado de su hija, herido de rabia y de dolor, habrá acaso vengado su...! no me atrevo á pronunciarlo. Esta imágen desoladora es la que mas me despedaza el corazon, persiguiéndome sin cesar

hasta en lo mas oculto del desierto. Y ¿será posible que mi amor haya sido la causa de esta inocente víctima, tal vez ejecutada de órden de su padre?... ¡Ay, amigo mio! ahora conoceréis que esta choza, esta cama de estera, y esa piedra tosca que me sirve de almohada, unidas á este solitario modo de vivir, no son tan rígidas penitencias para un hombre, cuya cabeza proscrita por las leyes, ha causado tantos males. Ved por lo mismo cual ha sido mi suerte: cual el fruto de una pasion que yo tenia por laudable y virtuosa, hasta el momento fatal en que, como aprisionado en las redes del delito, no me ha sido posible evadirme de ellas.

—Mi fiel y constante Francisco tuvo que venirse de Sevilla, á causa de la muerte de su padre; y tanto por esta causa, como porque de nada me podia servir de alli; se reunió en esta soledad conmigo, ayudándome y sirviéndome de consuelo en cuanto le es posible. Habita en un caserío poco distante de aqui, y provee á una vida que un verdadero arrepentimiento consume de dia en dia (¡ay de mí!) á pasos demasiado lentos para lo que merece. Asi habló el Solitario.

Conociendo yo lo mucho que sus penas gravitaban sobre su corazón, me resolví á probarle que no era tan criminal como desgraciado, ni sus males eran tan irremediabiles como él se lo figuraba: que una tan repugnante perspectiva era mas bien efecto de su melancólica situacion. Que un padre, ocultando á su hija de las miradas observadoras del pueblo, alarmado con los sucesos ocurridos, no hacia mas en ello que procurar por su honor, sin tener necesidad de atentar contra su vida; no siendo razonable pensar que Velamar se hiciese verdugo de su sangre; siendo esto tal vez caer en una calumnia, que tenia tanto de perjudicial para uno como para otro; inclinándose á imaginar una debilidad involuntaria, para enlazarla con los remordimientos de los mas feos delitos.

¡Ah, caballero! me replicó; aunque yo no tuviera que imputarme mas causas que su vergüenza, sus lágrimas, sus amargas penas, y la horrible desolacion con que han sido preparadas, asi como la dilacion consumidora con que han debido llevarla al sepulcro, ¿no sería yo bastante cruel é insensible para perdonármelas?....

Con este discurso acabé de comprender, que para calmar un alma tan atormentada, era menester dejarlo al tiempo: con este objeto le rogué me concediese, ya que me habia hecho el confidente de sus penas, el permiso de poder volver á verle de cuando en cuando á consolarle de ellas, y dividir las, al menos ya que del todo no sea posible dulcificarlas.

He nacido, prosiguió el noble conde, con cierta presuncion, á mi parecer orgullosa, de la que me acuso al mismo tiempo que me lo perdono, y es la de creerme en medio de las mayores desgracias, mas animoso que mis amigos. Cuando estoy afligido, parece que mi alma se retira á lo mas recóndito de mi cuerpo, y entonces no tengo necesidad de que nadie me consuele; pero cuando son mis amigos ó mis semejantes los que padecen, creo que siempre tienen necesidad de mi. Desde el momento en que Formoso me hizo sabedor de sus infortunios, no reposaba sino estando á su lado, ya debilitando los yerros de que él mismo se culpaba, haciendo con ellos su constante suplicio, ó ya lisonjeándole con esperanzas, que aunque podian muy bien

venir á realizarse , no cesaba de estar poniendo lenitivos y dulcificantes á las heridas de su corazón.

Un día que acababa de pasar una violenta tempestad , y cuando el cielo habia recobrado aquel azul sereno , puro y cristalino que le es propio en aquellos deliciosos climas , emprendí mi viaje para volver á visitar á mi Solitario amigo , y le encontré ocupado en cuidar y acariciar un niño tan tierno como el amor , y tan hermoso como él ; nuestro Selvático le habia envuelto entre su capa ; y para sorprenderme mas , me le hizo ver desnudo del todo. Adónis á los nueve años de edad , no podia ofrecer mejor modelo al arte divino de la escultura : las gracias , los contornos y las bellezas de la infancia , se espresaban en él con toda su forma y delicadeza ; en una palabra , la naturaleza ideal del conjunto de perfecciones estaba en él tan determinada , que jamás habia yo visto cosa semejante , ni el ver un niño me habia causado una sensacion tan maravillosa.

¿ Qué milagro del género humano es este ? pregunté á Formoso ?... Es , ¡ ay , de mí ! me dijo ; es un aldeanito de un caserío , que acabo de sacar de las aguas :

tiene allí su ropita que se le está secando al sol. La tormenta habia ya pasado , y el rio estaba aun muy crecido : este niño se hallaba al otro lado con un sedal de pescar en la mano , al tiempo que yo andaba recogiendo yerbas por la falda del monte. Cuando ví al niño puesto sobre una roca , que mojada con la abundancia de la lluvia debia estar resbaladiza ; esta conjetura me hizo ponerme al cuidado de lo que podria suceder.

Embebecido con el anzuelo que fluctuaba sobre las aguas no veia su peligro ; se le fue el anzuelo , y por recobrar su halaja , vino á caer en medio de la corriente : cuando visto por mí , me arrojé á nado para librarle ; pude recogerle , y le conduje desmayado á la cabaña.

Desde que se reanimó entre mis brazos , no ha cesado de darme las gracias ; solo siente la pobre criatura haber perdido su sedal , que dice ser hecho de cabellos de su madre , y tejido por su misma mano. — ¿ Vuestra madre debe ser hermosa ? dije al niño , acariciándole. — Sí señor , respondió , es bastante agraciada ; pero está muy pálida , y eso me dá mucha pena : he oído decir que cuan-

do las personas están así, se mueren muy pronto; y si esto sucediera, ya podría yo decir que sería bien digno de lástima: despues de haberme criado á sus pechos, gana todavía para darme de comer. — ¡Qué amable niño!... Según eso ¿no habeis conocido á vuestro padre? — Jamás le he visto, ni me atrevo á nombrarle delante de mi madre, que solo con oirlo, se anega en lágrimas.... Vedla como me llama, y me busca al otro lado del rio; está incomodada por causa mia, ¡Dios mio! sí, está incomodada! levanta las manos al cielo, y sin duda cree que me he ahogado! ¡Ay, señores! dadme pronto mi ropa; me vestiré, y me iré á consolarla. — Querido amigo, me dijo Formoso; respecto á que vuestra silla de posta se halla en el llano, me hareis el favor de entregar este niño á su madre, que parece está muy desconsolada. Anda, querido niño, vete á donde está tu madre; quiérela mucho, y cuanto antes, procura tú tener por ella el mismo cuidado que ella tiene por tí.

¡Oh, Dios Eterno! ¡si Formoso hubiera sabido quién era este niño que tanto acariciaba entre sus brazos!... ¡Si hubiera sabido que la afligida madre,

que veía al otro lado de las aguas, era su querida Valeria! Si, amigo mio, en vano procuraré ocultaros lo que vuestro corazon ya se ha recelado.

Así que se vistió el niño, bajé con él la falda del monte, y mostrándole á su madre, la hice señas de que no estando el rio vadeable por aquel lado, íbamos con la silla á pasarlo por otro punto mas fácil, aunque cerca de allí. Luego que montamos, quise oír cómo el niño se explicaba, y le pregunté su nombre; me contestó, que Jacinto. — ¿Y tu madre? — Paulina. — ¿Y tu padre? — Marcelo. — ¿Tu madre tiene alguna hacienda? — ¡Ay, señor! no tenemos nada: no tenemos campo, prado ni huerto; ni aun siquiera un pequeño rebaño. — ¿Pues con qué os alimentais? — Con el trabajo de las labores de manos que hace mi madre y el de mi querida amiga. — Pues que ¿tienes tú alguna amiga? — Sí señor, una jóven que vive con nosotros, y ayuda á mi madre al cuidado y quehaceres de nuestra casita. — ¿Y á qué trabaja? — A hilar lana y sedas, y como por distraccion, hace de mimbres y paja las cosas mas hermosas del mundo. Por lo que á mí toca, ya empiezo tambien á ser-

les útil; ya se coger pájaros á lazo y hallesta, peces con sedal; y es todo lo que puedo hacer; pero cuando tenga mas edad y adquiriera mayores fuerzas, espero que ayudaré á mi madre mucho mejor. Entonces seré pastor, iré por leña, labraré los campos; y en fin, qué sé yo lo que podré ser: porque á la verdad, mi madre me ha mantenido y cuidado mas tiempo que yo podré hacerlo en mi favor.

En seguida le pregunté al niño, si estaba su madre contenta en el estado en que se hallaba; y me dijo que por lo menos parecia estarlo; pero que su madre y su amiga se ocultaban de él algunas veces para desahogarse y llorar las dos juntas. Que algunas veces, aun en medio de las mayores caricias, se la caian á su madre copiosas lágrimas cuando fijaba la vista en él; no pudiendo contener sus grandes y profundos suspiros, especialmente si tomaba en sus manos una cajita que solia besar, hecha de pajitas pintadas, revestida de su mano, y en las que estaban escritas unas palabras que él no entendia; pero que su madre le habia prometido que en algun dia le daria la esplicacion de ellas. — Pero las pa-

labras, le dije al niño, las sabes de memoria? — Si señor, que las sé muy bien; y no son mas que estas tres: *Lealtad, amor, y constancia.* — ¡Cielo Santo! exclamé entonces, (el hermoso niño, no pudo menos de reirse á lo repentino de mi exclamacion), y me dijo. — Parece, señor, que os habeis admirado de que á mi edad sea yo capaz de retener tres palabras en la memoria; ¡pues qué diriais si me oyerais el compendio de la historia de Moisés, la de Isac, la del pobre José cuando le vendieron sus hermanos, y la de los demas Patriarcas? las sé todas de memoria, y en particular la del infeliz Ismael, tan tierna y sensible, que mi madre no me la puede oir sin derramar muchas lágrimas; con que mirad todo lo que sé.

Cada palabra del agraciado niño confirmaba mis fundadas sospechas, corroborando las que me aumentaba la divisa de Formoso que acababa de revelarme. No obstante, como en el modo de enamorar que tienen los españoles, tan ardiente como el clima que habitan, son muy comunes las palabras que componen aquella, no osaba decidirme por el temor de no equivocarme, des-

cubriéndome tal vez á quien no fuese útil y necesario. Por esto mismo iba pensando un medio suficiente para aclarar mis dudas, explorando el campo, sin dejarme escapar algun discurso que pudiese descubrir mi secreto antes del tiempo oportuno. Si es Valeria la madre del niño, decia yo entre mí, es menester que yo la inspire toda la confianza posible, para que ella se me manifieste á las claras; y si no lo es, debo contenerme de tal manera, que jamás llegue á saber nada por mi conducto.

Al subir en la silla por las márgenes del río, hasta que hallamos un buen vado, no perdimos de vista á la buena de la madre que no cesaba de andar, ansiada por reunirse á nosotros. Pasamos, y en cuanto la entregué su querido hijo, le estreché entre sus brazos, diciéndome: «Ay, caballero, cómo me habeis vuelto de la muerte á la vida! ¿Sabeis la causa por qué mi niño ha tenido que pasar al otro lado del río?...» El mismo niño satisfizo á su madre los deseos que tenia, contándole cuanto le habia sucedido, y como estaba ahogándose, al tiempo que un hombre selvático, dis-

forme á la vista, pero de un corazón sumamente bondadoso, se arrojó al agua para salvarle; le sacó, llevándole casi muerto á su cabaña, é hizo para reanimarle lo que pudiera haber hecho en el caso de ser su hijo. El mismo hombre, así que vió que la madre le buscaba, rogó á este buen señor le condujese á sus brazos.— ¡Y que! dijo la enternecida madre, ¿me privareis por ventura, señor, el gusto de que yo le dé personalmente las gracias?... — Es, la repuse, un poco huraño.— ¿Acaso puede serlo un sugeto que tiene tanta bondad de corazón?... ¿y qué motivo puede tener para no dejarse ver de aquellos á quienes hace tanto bien?... Yo vivo solitaria como él; y á pesar de esto, me es muy dulce espresar mi reconocimiento al hombre bienhechor que ha salvado la vida de mi querido hijo.— Sosegaos, la dije, que ya sabrá vuestros buenos deseos, y su pecho se penetrará de sensibilidad en vista de ellos; por mi mismo lo sabrá. Le veo con bastante frecuencia, á causa de que los dos somos botánicos, y tenemos trato pendiente sobre la recolección de yerbas y plantas de las que produce esta fertilísima sierra. Vendrá en persona á

veros , y entre tanto me permitireis que os acompañe hasta vuestro caserío , puesto que mi silla ha de quedarse á la falda del monte.

Sobrecogida é irresoluta acerca de lo que debería hacer , me rogaba que no pasase adelante ; pero yo estaba en vencer su resistencia á fuerza de dulzura y persuasión. — Siento mucho , la dije , apartarme de mi amiguito. Ese hermoso niño me ha sabido inspirar una afición interesante , que se imprime en el alma tan rápidamente , como es tardía en desvanecerse y apagarse. Por esto me parece que no ha nacido para vivir oscurecido en una choza , y aun me atrevo á pronosticarle mas elevada suerte. Sí ; delante de su madre preveo que algun dia ha de hacer su gloria y su fortuna. — Ya se acabó , interrumpió la madre , la gloria para nosotros , ni tendremos mas dicha que la quietud de nuestra soledad. — ¿ Por qué pensais así , la dije : *La esperanza es la compañera del valor.* Estas palabras la hicieron estremecer ; y por lo mismo continué diciéndola : ¿ sabeis acaso lo que el cielo tendrá destinado á vuestro hijo , si mostrándose en el mundo tan amable , como ha nacido her-

moso , empezase á señalar sus acciones *por la gloria , y por el amor ?* Su emoción fue mucho mas viva ; y estas palabras obraron en su corazón , al modo que el imán lo hace sobre el acero.

Caballero , me dijo , mi niño os inspira unos sentimientos de que yo estoy confundida , y vos mismo haceis uso de un lenguaje que me sorprende ; y pues queréis de buena voluntad acompañarnos hasta mi pobre choza , os suplicaré que me digais , qué es lo que veis en mí para haceros olvidar el humilde estado en que me veis ? — A esto la respondí , que sabia muy bien que aquel estado no era el suyo , y que , para convencerse de ello , no era menester mas que verla y oirla. — No es España , me respondió , en donde los modales y locucion de las ciudades se diferencian lo necesario entre las villas y pueblos para no equivocarse. En este Reino conservan las personas de gerarquía su dignidad y nobleza , aun en medio de la pobreza y de los infortunios. — Es cierto , señora , que así lo tengo observado ; pero jamás con la propiedad que en este momento.

En efecto , me recibió bajo el pajizo techo de su choza , con el mismo de-

coro y miramiento que lo hubiera hecho en su palacio de Sevilla. En ella no se veía el orgullo abatido por el infortunio, ni la humildad ensalzada por el arrepentimiento; lo que sí se notaba era una grave, sencilla y modesta compostura, que cedía á la desgracia, pero sin sucumbir á ella bajamente. Me parecía hallar en el eclipsado disco de su pasada felicidad, un foco de luz que destellaba mil y mil resplandores á mis ojos. En su cabaña se ocultaba la pobreza, bajo el aspecto de una esmerada decencia. Los muebles mas sencillos brillaban á fuerza de limpieza, ó deslumbraban con su blancura. Su amiga, que estaba al lado de ella, presentaba un aire de igualdad, mas afectado que natural; la familiaridad de su lenguaje, y la conveniencia de sus acciones, no bastaban para disimular el respeto que la debía. Valeria (que así debe llamarse), sabia disfrazar mucho mejor la superioridad que naturalmente tenia sobre su compañera; y sin otros antecedentes, cualquiera habria distinguido, como yo, la señora de la doncella, tomando por guia de la duda, el mismo cuidado que ponian en asemejarse delante de mí. La compañera habia to-

mado el nombre de Ursula; pero segun mi dictámen, era ciertamente la *Teresa*, de quien ya tenemos hablado: estos descubrimientos bastaron para hacerme comprender la identidad de sus personas, sin vacilar en ella. No me quedaba otra cosa que hacer sino pintárselas á Formoso tales como eran; pero no podia fiarse de un hombre, que se hallaba en medio del peligro, al mismo tiempo que yo, no queria atizar el fuego amoroso que todavía le podia ser funesto. A quien yo queria reducir para que acabase de levantar el velo del misterio, que en parte cubria mis ojos, era á la madre de Jacinto.

Asi que nos quedamos solos, me preguntó: «Perdonadme, señor, el deseo que tengo, y me habeis inspirado, de saber quien sois, de donde venís, y por que ocurrencias os hallais en nuestros pobres caserios. La respondí sin rodeos, que siendo enviado de la corte de Suecia á la de España, me habia tomado unos meses de recreo, y los ocupaba en recorrer aquellas hermosas provincias, con el objeto de hacer una coleccion de plantas botánicas. En seguida la hablé de mi patria, haciéndola ver, que entre nosotros habia corazones sen-

sibles, en los que tambien se hallaba estampado el lema de : *Lealtad, amor, y constancia.*

Su disimulo no pudo sostenerse á este nuevo rayo de luz. — ¡Ay, caballero! me dijo ; mi niño sin duda os ha revelado este enigma, y ahora vos me repetís sus mismas palabras? — Es verdad, la dije, que me ha manifestado leerlas en una cajita que vos misma guardais, y que está maravillosamente trabajada por vuestra mano; pero no me ha dicho lo que la caja contiene; y sin embargo, creo que debo saberlo. Las gentes del Norte somos un poco adivinas. — A lo que veo, me dijo, estais divirtiéndooos para inquietarme; y me admira mucho, que sin cambiar el aspecto que habeis tomado de interesados por la desgracia, os complazcais en atormentarla. — ¡Ay, señora, la contesté; el cielo vengue en mí al desgraciado, que yo haya querido hacer mas desventurado todavía. No puede mi sensible pecho abrigar dentro de sí tan bárbara impiedad: respeto y respetaré el infortunio, aun en la persona del mayor criminal, ¿cómo pues no serán sagradas á mis ojos la inocencia y la virtud?... ¡Oh, y cuanto no me inte-

resan el candor y la buena fe de un corazon ingénuo, tierno y débil! — ¡Ah, señor! ¿ese carácter, ese corazon tierno y débil os es conocido?... ¡Yo he sido descubierta!... Me han vendido!... — No, no lo estais; no teneis que temer...! tranquilizaos. — Pues bien, decidme solamente, ¿qué es lo que encierra esta cajita?... Veo en ella caractéres respetables; pero tambien me consta que hay vestigios de sangre. — ¡Oh, Dios mio! y como se han divulgado todos mis secretos! — No, señora; ni lo están, ni lo estarán: se hallan sellados bajo una preciosa Agata, custodiados con el indisoluble tejido que formaron los hermosos cabellos que estoy viendo. — ¡Ay, Dios mio! segun observo en vuestra esplicacion, ¿sabeis todos mis acontecimientos! Si os es conocido el único depositario de los secretos de mi alma, decidme, ¿dónde está?... ¿Sabe dónde estoy yo?... ¿Es él quien os envía?... ¿Está libre y seguro? — Tene-mos, señora, la dije, que confiarnos mutuamente los unos de los otros, y estoy casi seguro de que nuestras relaciones no forman hasta ahora mas que un secreto solo; pero como la seguridad de los datos existe en vos y no en

mi, se hace indispensable que vos misma seais la que levante el velo al misterioso estado en que os hallais, dando las posibles noticias de las personas que tienen ó han tenido parte en vuestros sucesos. La confianza que se me ha entregado, la tendriais vos misma por mal empleada, si fuera de sazón me adelantase yo á comunicarla antes de oír la que me debéis dispensar; por lo cual os pertenece imponerme en todo aquello que tengais por conveniente. -- ¿Y qué es lo que pretendéis saber de mí? me dijo toda trémula y alterada. -- Vuestro nombre. -- Mi nombre es Valeria de Velamar. -- ¿Y el de vuestro interesado? -- D. Mauricio Formoso. -- Y esa jóven que he visto á vuestro lado ¿es Teresa? -- Sí señor, la misma. -- Basta. -- No perdais, Valeria, la esperanza de volverle á ver. -- ¡Ay! decidme, ¿no está todavía bajo la vara de la ley?... ¿Dónde le habeis dejado?... ¿Sabe dónde yo existo?... -- No sabe nada; aun vive amenazado y fugitivo; la mas leve imprudencia le podria comprometer á él y á vos misma: lo temo todo; y mucho mas las acechanzas del amor. Quedaos por ahora, como estais, separada del trato de las gentes, procurando

que el mas fiel, el mas apasionado y el mas constante de los hombres ignore en su destino cual es vuestro asilo. Al tiempo que trato de servirlos, quiero que esteis uno y otro en seguridad, para que no os perjudiqueis á vosotros mismos. Prometo reuniros á su tiempo; pero deseo que me digais, para enterar á Formoso, por medio de qué prodigio os evadisteis de la desgracia que, como á él, os perseguia? -- Ya debéis estar enterado, me dijo, en qué situacion me quedé; y aunque un solo paso de fragilidad pudo manchar la pureza de mi alma y la santidad de mis intenciones, sin embargo, si hubiera estado á mis alcances preveer el peligro á que me arrastraba un delirante amor lleno de dolorosas contradicciones, y el abismo de males en que me ha hecho caer, acaso no tendria valor ni serenidad para alzar los ojos delante de un hombre, que como vos, se halla instruido de mi desgracia. Pero una desdicha tan involuntaria, no es posible que la mireis como delito; por lo menos yo no puedo mirarla como tal. Al acordarme de una debilidad tan penosamente expiada, no ha podido mi conciencia en tiempo alguno afianzar de

calumnia contra mi corazón, que aun abismado de amargas pesadumbres, ha sabido garantizarme de los oprobiosos remordimientos, verdugos inexorables de las malas acciones. No me avergüenzo de ser madre, ni me ruborizo de ello: sé muy bien la rígida censura que mi fama habrá tenido que sufrir ante el severo tribunal de las costumbres y de la opinion; una fuga y un raptó son hechos que juzga el mundo sin consideracion alguna. Enhorabuena que me haya creído culpable; no me quejo de su severidad: el cielo sabe bien el fondo de mi alma, y éste solo, con mi amante y yo, sabremos, mejor que los hombres, el juicio á que nos debere-
mos sujetar. — No soy capaz, la contesté, de tachar con una injusta malicia á una alma tan noble y tan hermosa: delante de mí puede hablar, sin tener por qué avergonzarse ni bajar los ojos la madre de Jacinto, y la futura esposa de Formoso.

Estoy persuadida que no ignorareis (pues, segun veo, lo sabeis todo) el acontecimiento de la sangrienta penden-
cia, en la que bajo las ventanas del pensil de la casa de mi padre, se... — Sí señora; sé todo eso, y cuanto pasó

fuera del palacio de Velamar, hasta el momento en que se verificó la evasión de vuestro amante. — Pues bien; en el mismo palacio, donde mi hermano estaba moribundo, veía que mi padre, furioso de cólera con la fuerza del dolor que le causaron aquellos sucesos, solo meditaba planes de venganza, reiterando y estendiendo sus disposiciones para descubrir al agresor. Bien habia yo conocido la indignacion que mi hermano habia tomado con las terminantes respuestas y reconvenciones de Formoso, al prohibir á éste que me viese ni hablase; y aun le oí decir que, si se atrevia á quebrantar su mandato, trataria de castigar su osadía. Estas razones amenazadoras se me dirigian tácitamente, conjeturando que Formoso las llegaria á saber por mi conducto con mas prontitud que por otro alguno. El sitio de la pelea, la hora y los combatientes me afirmaban en las conjeturas, de que mi amante era el desconocido á quien se culpaba del hecho; pero no podia convencerme de que hubiese sido el provocador; para nada se le nombraba en las continuas conversaciones que sobre el asunto se movian: solo repetian como á medias palabras:

Amor.... celos, querella entre rivales, etc., sospechándose que yo era la causa de todo: sobre estas bases trató mi padre de interrogarme. — Ovandez ha sido muerto, me dijo con el tono mas severo; vuestro hermano está mortalmente herido, y vos no ignorais de donde dimanen estos hechos; es menester, hija mia, que todo lo confeseis: asi lo hice de cuanto mi conducta habia tenido de inocente en tales escenas, disimulando únicamente mi estremado amor é irremediable flaqueza. Me nombró á Formoso; y para ocultar la sensacion que me causó el oír su nombre en boca de mi padre, afecté cierta admiracion, originada de saber como Leoncio y su amigo habian venido á las manos; á cuya observacion me contestó: — ¡Ay! puede que lo sepas demasiado bien; pero tiembla, si llego á tener de ello las pruebas que necesito!... Y, acompañando á estas terribles palabras una mirada aun mas terrible todavía, se fue dejándome el corazon cubierto de terror. En toda la noche no tuve delante de mis llorosos ojos otras imágenes que la de mi amante, cargado de cadenas, sentenciado á muerte y conducido al suplicio. Le obligué con el ma-

yor empeño á que no se ocupase de mis asuntos ni pensase en mi situacion, recurriendo á la fuga para salvarse; asi lo debeis haber sabido, siendo tambien cierto que fui en todo obedecida.

Desde el momento en que desapareció, empecé á respirar y á crerme libre, aunque encerrada en lo mas oculto del palacio de mi padre, donde no habia ojos que no vigilasen sobre mí. Este cautiverio duró todo el tiempo que mi hermano estuvo de peligro, y que muy débil todavía, no podia hacerse entender; pero desde que pudo hablar, dió á mi padre un noble y justo testimonio de la lealtad de Formoso; y en cuanto á mí, le respondió de la mas perfecta inocencia. En consecuencia de su declaracion, me permitieron que pasase á verle, y desde entonces fue mi prision menos rigurosa: se me concedió libertad para bajar al jardin, y tomar el fresco algunos ratos. Pero ¡cuántas eran las zozobras é inquietudes de que mi corazon estaba poseido y despedazado! Ya me faltaban menos de siete meses para tener que ser madre, y esta afrentosa posicion no era lo que me causaba mas tormento. La causa contra Formoso marchaba con increíble rapidez:

debía ser dentro de un breve término sentenciada en rebeldía, y esta noticia me tenia en la mayor consternacion.

Un dia que me hallaba recostada á la cabecera de la cama y sola con mi hermano, le pregunté, como aparentando indiferencia, si se seguia causa sobre la pendencia habida con Formoso.-- Sí, me contestó; pero padre y yo no hemos permitido que se instruya proceso, ni haga diligencia alguna á nuestro nombre, para evitar las citas y las murmuraciones que de lo contrario podrian resultar contra tu honor; y asi, todas las citas se han reducido á la contienda de Ovandez con Mauricio, sin expresar los antecedentes del hecho, mas que con palabras ambigüas y misteriosas, siendo el Duque quien pedia justicia por sí solo, reclamando la vida de su hijo; empleando al efecto su influjo y su riqueza, citando los testigos á quien Formoso habia revelado su delito, y añadiendo su fuga como una corroboracion de estar en él el crimen; lo que tomado en consideracion, no podria producir una sentencia muy favorable. Esta relacion me sacó totalmente de mi quicio la razon, y no pude menos de decirle á mi hermano, que cómo tendria

valor para dejar perecer al inocente, sin levantar la voz y decir, en obsequio de la verdad, que Ovandez y él habian sido los autores y causantes del desastre, poniendo al acusado en la dura necesidad de morir á manos de dos hombres, ó hacer su defensa tan justa como natural? -- Te confieso francamente, hermana, me dijo Leoncio, que si yo prestase una declaracion semejante, me veria obligado á tener que hacer otras mas funestas todavía; y tú, que ahora me comprimes para que me acuse á mí mismo, debes saber muy bien cuan costoso me seria el poderme justificar, una vez declarado como tal agresor. Séate bastante, hermana, el haberme puesto á las puertas de la muerte; y no quiero que tu hermano sirva de instrumento á tu deshonor y al de toda tu ilustre familia. Respeta y teme á un padre, que no sufrirá impunemente la afrenta que pueden haberle causado tus amores.

¡Ay, caballero! continuó Valeria: si en este caso y otros de esta naturaleza hubieran servido mis esposiciones, ¿me amenazáran todos con la libertad que lo hacian? Pero ¿qué hubiera yo podido decir para salvar á mi amante?... ¿Podreis acaso concebir un es-

tado mas horroroso y pesado que el mio?... La sentencia de muerte de Formoso no tardó en serme leida en presencia de mi padre: mudé mil veces de color, y sentí helárseme la sangre dentro de mis venas: sin embargo, como no podia menos de sentir los remordimientos del culpable silencio que guardaba mi hermano, hizo mi padre como que no habia notado mi dolorosa mutacion; con todo, manifestó tomar la resolucion de apartarme para siempre de un hombre, á quien veia continuamente (asi se esplicaba) con las manos teñidas en sangre. Le pedí una y muchas veces que me destinase un convento para mi asilo, y llegué á saber que estaba en concedérmele; pero al mismo tiempo supe que habia elegido aquel en donde yo pudiese estar guardada con el mayor rigor. ¿Debería ser alli donde yo fuese á depositar el fruto de mi afrentosa debilidad?.. ¿Podria lisonjearme de que mi desgracia quedase encubierta?..... ¿Estaria en el caso de dudar que entre unos y otros arrancarían al hijo del regazo de la madre, para sepultar el escándalo de su nacimiento?..... ¡Ay, Señor! yo me estremezco aun, cuando recuerdo la im-

presion que hacia en mi alma este funesto porvenir.

En medio de esta crisis, no me quedaba mas recurso que entregarme á ella, ó confesar á mi padre mi amor y mi delito, abandonándome á una clemencia dudosa. Mi vida no me era tan interesante como la de esa inocente criatura, que ya sentia moverse dentro de mis entrañas; y en su conservacion me prestó valor y serenidad para meditar la fuga, evitando con ella nuevos arrebatos de furia, y acaso nuevos crímenes con nuevos remordimientos por mi parte, que eran tan continuos como penosos de sufrir.

Conocia yo muy bien el carácter violento y enemigo de contemplaciones que tenia mi padre, y cuan susceptible era de arrojarle á cometer algun atentado horrible; bajo este concepto empecé mi plan por confiar á mi amada Teresa que, aunque me espusiese á los mayores peligros, trataba de fugarme; preguntándola á continuacion si me abandonaria en este apuro. No lo habia proferido, cuando la pobre muchacha me juró, bañándose las manos con sus lágrimas, que jamás se separaria de mi lado: en prueba de esto, ella fue la

que hizo y dispuso lo conducente para ponernos en salvo.

Un hermano de Teresa era barquero del Guadalquivir, y le sobornamos con la mayor facilidad: hecho el convenio, nos descolgámos una noche por las ventanas del pensil, haciendo uso de la escala que habia servido para mi amante, y que aun conservábamos oculta. Alrededor de media noche nos presentamos en la barca de Pablo, que nos esperaba con la mayor puntualidad. Nos prometió que en llegando á San Lúcar de Barrameda tendríamos un asilo cómodo y seguro en casa de un piloto, su amigo, á quien le haría presente lo que fuese necesario. Yo dije que mi ánimo era pasar á la costa de Cartagena, y Pablo nos aseguró que su amigo nos proporcionaría un buen viaje para allá. Nos disfrazamos de aldeanas, y bajo la apariencia de ser sobrinas del piloto, decíamos que nuestro viaje era para Granada, con el fin de incorporarnos á nuestra familia. El piloto hizo en obsequio de la amistad de Pablo cuanto pudo y debió hacer, recomendándonos y proporcionándonos un viaje cual le podíamos apetecer.

No os admirais, amigo, me decia el

conde de Creutz, de ver ¿cómo cierto Númen tutelar y favorable á estos dos fieles amantes, velaba sobre los pensamientos de uno y otro para reunirlos y protegerlos?...

Al acercarnos á Cartagena, no tardamos en reflexionar que en aquella ciudad, aunque popular, podríamos ser descubiertas fácilmente, siendo para nosotras mas seguro el retiro de una aldea inmediata á la misma ciudad. El buque que montábamos iba costeando la playa, de modo que veíamos con sumo placer un hermoso valle que habia, pasando una ensenada que teníamos al pie del buque, desde el cual tambien se veía una tan pequeña como graciosa aldehuela, situada casi á la lengua del agua que ceñía la ensenada misma.

Aqui, dijo Teresa al patrón, es el sitio donde queremos saltar á tierra: entonces, con toda la complacencia de un español, obsequioso para el bello sexo, hizo botar su lancha al agua, y nos bajó con la mayor prontitud. Ya en tierra, empezamos á respirar, dando repetidas gracias al cielo; pero el miedo, que nunca toma á su extravagante modo de ver bastantes precau-

ciones, no nos dejó entrar en la aldea; y pasando por un lado, que dirige á esta cordillera de montañas, tomamos su camino: aquí anduvimos buscando un sitio que, apartado del conocimiento de las gentes, nos diese la seguridad que pedia un asilo solitario para dos mugeres tímidas y jóvenes: el cielo, que conocia nuestra necesidad y nuestros deseos, nos proporcionó esta cabaña. No quiero espresaros los temores que hasta cierto tiempo fueron nuestros inseparables compañeros. El espanto y anonadamiento de dos palomas, que al romper el vuelo se hallan rodeadas de buitres y gavilanes, puede daros una débil idea de nuestra inquietud.

La costumbre fue de dia en dia afirmando nuestros espíritus, y asegurando nuestro agitado corazon; y por lo que á mi toca, no tardó mucho tiempo en que otros cuidados, no menos interesantes que el de mi misma existencia, vinieron á ocupar y fortalecer mi alma. Ya madre, y teniendo á mi hijo custodiado en mi regazo, se apoderaron de mí el ánimo y la dignidad, que inspira el autor de la naturaleza aun á los mas tímidos y delicados pajaritos, para guardar y defender bajo sus alas

á los recién nacidos hijuelos. Asi es, que no hay peligro desde aquel instante, que yo no sea capaz de sobrepujar por la proteccion y guarda de mi hijo; y si cuando cayó en las aguas, me hubiera hallado allí, le hubiera sacado arrojándome á la corriente, ó hubiera perecido en ella tratando de salvarle; ó tal vez si, cuando le buscaba, no le hubiera hallado, me habria dejado arrastrar de algun acto de desesperacion. De aquí podreis deducir cual seria mi reconocimiento cuando tuvisteis la bondad de conducirme; y como estaré obligada á bendecir y respetar al caritativo solitario que supo exponerse á perecer por sacármele del peligro.

Debeis, señora, la dije, reconocer despues de tantos sustos y desvelos, que evidentemente se complace Dios en ver la pureza de vuestras intenciones, y quiere coronar la constancia con que habeis vencido tantas contrariedades é infortunios: estoy íntimamente persuadido de que ese mismo Señor quiere haceros dichosa, y me glorio de que se haya dignado elegirme para instrumento y ejecutor de sus altos designios. Yo me aparto de vosotros: quedaos pues permaneciendo tan oscurecidos y solitarios

como hasta aqui. No tomeis acaso las apariencias por realidades; fiad en mi cuidadosa diligencia: vuestro amante lo sabrá todo, y no tardará mucho en volver á vuestros brazos.

Fuí en seguida á verme con él; pero me guarde muy bien de escitar su viva curiosidad, temeroso de que pasase al otro lado del valle. Solo le dije que la buena de la aldeana, madre del niño, habia pedido al cielo salud y felicidad para el que le habia salvado, llena del mas espresivo reconocimiento: que sus ruegos atraerian estos bienes, como ruegos de un corazon agradecido, á quien el cielo no abandona jamás.

Es preciso, amigo mio, continúe, que nos separemos por algun tiempo: un negocio tan imprevisto como sin espera debe conducirme á Sevilla; pero no habiendo recorrido aun las provincias de Murcia y Valencia, no tardaré mucho en dar la vuelta. — Cuando lleguéis á Sevilla, me dijo Formoso, puede ser que halleis en ella al buen Religioso Gerónimo, de quien os tengo hablado: su nombre es el P. Atanasio. Id á verle, y sin decirle donde me halló, pondreis en su noticia que aun vivo: que siempre tengo presentes sus

bondades; y sobre todo, preguntadle si sabe ó me puede dar alguna luz acerca de la suerte de Valeria. Esto dijo, y nos despedimos tiernamente despues de haberle asegurado la firmeza de nuestra sincera amistad. ¡Pero cuán prodigioso é incomprendible es el tejido de los sucesos de este mundo! Los cuidados que yo llevaba, y los pasos que tenia que dar en Sevilla, ó tal vez en Madrid, para favorecer á estas infelices víctimas de un desgraciado amor, el hermoso plan que me habia propuesto, los medios que me sugeria mi entendimiento para atraer á la clemencia los implacables enemigos de Formoso, todo quedó compendiado en estas palabras: *Id á ver al P. Atanasio.*

Llegué á Sevilla, é inmediatamente me presenté al venerable Religioso, que apenas vino á enterarse de mi comision y solicitudes, cuando vió, como suele decirse, el cielo abierto, y exclamó: ¡ah, qué consuelo y que alegría me traeis! ¡y cómo los he experimentado desde que os he oido nombrar al interesante Mauricio! ¡Ojalá que yo pudiese saber del mismo modo si Valeria vive aun!.... Pero ¡ay de mí!.... Ya no existe! — Le aseguré de su existencia; y entonces le-

vantando sus cansados ojos al cielo, y cruzando sus ya trémulas manos, dió reverentes gracias á la Divina Providencia, exclamando de nuevo: ¡Oh, Dios clemente, á quien adoro! ¿tendré antes de morir el placer de verlos reunidos?— ¿Qué decís, Padre?— Digo, me respondió, que esos dos corazones, tan interesantes en medio de su flaqueza, recibirán el premio debido á sus virtudes anteriores y á su constancia. Por mi parte he podido alcanzar que la revocacion y nulidad de la primera sentencia de Formoso sea solicitada por parte de los Velamares, y que Leoncio atestigüe que él fue el agresor. ¡Ay de mí! y como este desventurado jóven se consume hace mucho tiempo con el pesar que le abrumba de haber ocultado la verdad con grave daño de la inocencia y detrimento de la justicia! Su padre, inclinado ya por los años y los disgustos hácia el sepulcro, se reprende continuamente del criminal silencio que hizo guardar á su hijo, acusándose uno y otro autores y perpetradores de la desesperacion que una tan injusta sentencia causó en el tierno corazon de su hija y hermana; pero ignoran lo que ha sido de ella en tan dilatado tiempo. En Se-

villa se ha dudado si su padre la tenia encerrada en algun convento, ó si en la mayor fuga de su cólera no la ha hecho sacrificar: otros creían que agoviada ella misma con el peso de sus infortunios se habria arrojado al Guadalquivir, ó se dejaria robar de su amante. Entretanto se daba pábulo á estas y otras conjeturas, el palacio de Velamar era la morada del luto, del llanto, y del dolor no interrumpidos.

Al fin se vieron precisados á llamarme, y ambos me suplicaron casi de rodillas les dijese el paradero de Formoso y Valeria, si por fortuna lo sabia. Respondí que no tenia de ello el mas leve conocimiento: mi negativa, ó mejor diré mi verdadero aserto, pareció sumergirles en un nuevo caos de dolor.

El padre me declaró, en la fuerza de su consternacion, que habia sido injusto y arbitrario, haciendo que su hijo lo fuese tambien: que por lo mismo queria poner cuanto estuviese de su parte para expiar estos dos crímenes antes de su muerte. Se me acusa, decia, de haber manchado mis manos con sangre de mi hija; crueldad de que mi honor y carácter no son susceptibles; pero he debido pasar por esta negra calumnia en

pago que tengo bien merecido , como perpetrador de los daños hechos á la virtud y la inocencia. Al llegar á estas palabras, sus abundantes lágrimas le ahogaron la voz.

Yo si que soy el verdadero criminal, dijo entonces Leoncio con una espresion mas lastimosa y penetrante; ¡insensato de mí! que tenia un placer encendiendo en el pecho de mi amigo y de mi hermana el amoroso fuego que los ha perdido! Yo le he favorecido y alimentado : yo era el que tomaba el mas vivo interés en ser el confidente que les proporcionaba sus visitas é inocentes complacencias , á escondidas de mi padre, aunque con la remota esperanza de que aprobaria su enlace : yo el que abandoné esta conducta, al ver que mi padre proponia un convenio mas pujante y rico : yo el que rechazé friamente las súplicas de un amigo digno de lástima, y muy acreedor por su proceder á mejores correspondencias. Cuando justamente agoviado me dió sus quejas, con la firmeza y dignidad propias de hombre honrado , las recibí como una ofensa imperdonable; y haciéndome al partido de un rival poderoso é irritado contra él, en fuerza de los desprecios que re-

cibia de mi hermana , no vacilé un momento en esponerme y esponerlos á todos á la muerte , ayudándole con mi primera asistencia á una venganza sin decoro y sin razon. Antes que Fernando de Ovandez la empuñase, saqué la espada contra la vida del libertador de la mia, contra mi amigo y el amado de mi hermana. Constituido en agresor , me llevó mi fiereza hasta el extremo de no levantar la voz en favor de la inocencia, y no salir á su defensa y amparo, como lo exigia la mas sagrada obligacion de los nobles.

He tenido ánimo para verle proscrito , despojado de sus bienes , y sentenciado á muerte ignominiosa : he introducido con igual crueldad una muerte civil en el corazon fraternal , de la que sin mí , no le hubiera conocido ni amado. Pero ¡ay, Dios! ¿dónde se les hallará? ¿Tendré que morir sin reparar los daños que les he causado?....

Esto dijo Leoncio de Velamar, y ésta fue la tan dolorosa como favorable narracion del piadosísimo Padre.

¡Oh, amigo mio! dije al Conde; ahora conozco cuan apreciable y natural es para el hombre la idea de que un Testigo invisible y justo tiene la potestad

de leer desde el Empíreo, y publicar en la tierra lo que está escrito en el corazón de los mortales!

Ya podeis ir, dije entonces al venerable y anciano Religioso, y decir á los Velamares que en Sevilla existe un hombre que puede consolarlos; dadles mi nombre. Poned en su noticia que soy, para servirles, el conde de Creutz, enviado de S. M. Sueca, cerca de S. M. Católica: que me consta donde habita Formoso, y creo saber tambien donde vive oculta Valeria de Velamar; de todo lo que podeis asegurarlos.

Bien os persuadireis que desearian verme al instante, y yo me anticipé cuanto pude para darles este gusto: me avisté con ellos, y nunca jamás se me presentaron dos semblantes, sobre los que se hallasen mas vivamente impresas las señales atormentadoras de una dilatada expiacion y un verdadero arrepentimiento.

¿Es cierto, caballero, me dijo el anciano Marqués, que aun vive mi hija?— Le aseguré que vivia.— Sin duda, me repuso, ¿habrá seguido al desgraciado Formoso?...— No; él ignora absolutamente el sitio donde ella vive oculta, y ella tampoco sabe cual sea el retiro

en que se encuentra él.— ¡Ah, Señor! exclamó el anciano; al oír estas palabras, ¿luego mi hija es inocente?...— Aun es mas de lo que pensais: vuestra hija es virtuosa; y bajo del cielo no hay cosa mas digna de consideracion, como Valeria lo es en medio de su desgracia. Nada os digo de Formoso: la nobleza y lealtad de su alma os son bien conocidas, y la desgracia no ha hecho mas que darle nuevas virtudes.

Pues tened, señor, la bondad de decirme donde está, dijo Leoncio; yo iré á echarme á sus pies, si no es bastante generoso para recibirme entre sus brazos.— Señores, les dije, es menester borrar tan pronto como se pueda hasta los mas pequeños vestigios de la injusta sentencia que le condenó: se hace indispensable que el duque de Ovandez consienta en....— Ovandez no existe ya, y antes de morir le ha perdonado.

Desde este instante vi disiparse la tempestad, con la rapidez que suele disiparlas el viento: la sentencia quedó anulada, los bienes restituidos, y la buena fama y nombre de Formoso restablecidos en todo su esplendor. No quedaba que negociar otra cosa que el reconocimiento filial de Jacinto; pero esto

me pareció no ser de mi asunto, dejando á la naturaleza, como mas hábil y mas elocuente que yo, el cuidado de llenar estos deberes. Quise asimismo no admitir compañía ni valimiento de nadie para las diligencias ni el viaje consiguiente á ellas; y así, apenas se me dió testimonio del auto de nulidad ya referido, traté de no perder tiempo para viajar á donde estaban los dos solitarios Valeria y Formoso.

Ya veo como esperais, amigo mio, que estos seres amables os presenten una hermosa y encantadora escena de puro y acendrado reconocimiento: por una parte, el que me tributaría mi hombre Selvático; por otra, el de las tímidas y corteses aldeanas; y finalmente, los agradecimientos del inocente Jacinto; de modo, que solo en mi mano estaba el descorder el velo que hubiese de producir un golpe de vista tan interesante como teatral.

¿Pero hacer este ensayo sobre dos almas agoviadas del dolor y la inquietud por espacio de nueve años, no sería hacer un juguete cruel y peligroso con los movimientos de alegría?

Ni el uno ni el otro tenían mas necesidad que la del alivio y el descanso,

despues de tantos pesares y fatigas.

En lugar de prepararlas una sorpresa que les hiciese rebosar de alegría, me propuse debilitar sus emociones, á lo menos con respecto á la sensible Valeria, á quien un trastorno semejante pudiera muy bien privarla de la vida. Habia alimentado en ella la esperanza; pero á mi vuelta hallé esta sensación casi estinguida en su corazón, y fui reanimándola poco á poco. La hice ver como posible cuanto podia desear; y despues como verosímil. La pinté un cambio dichoso en la suerte futura de su amante, diciéndola que nada que fuese injusto, podia ser durable; que la verdad no podia experimentar mas que eclipses pasajeros; y que la inocencia tenía en el cielo un Juez vengador, que no se aplacaba sino por medio de las expiaciones.

Al tiempo que veía insinuarse en el alma de Valeria los primeros movimientos de esperanza, aumentaba yo los grados convenientes para que pudiera confiar del mismo modo que llegué á prometérsela; por lo que la insinué que su padre y su hermano no tardarian en reparar la injusticia cometida con su silencio: que el mismo duque de Ovan-

dez no querria llevar al sepulcro la nota de su resentimiento. ¿Y quien sabe, la dije, si el cielo, que dispone y ordena los sucesos segun su voluntad, habrá querido que, no lejos de donde os hallais, haya venido Formoso á esperar uno de aquellos golpes de la suerte, cuya causa se halla en la misma naturaleza de las cosas, y que no se encuentra de milagroso en ellos mas que lo que tienen de repentinos?

— ¡Ay de mí, señor! me contestó la Solitaria, ¿por qué se complace V. en engañarme con tan lisonjeras esperanzas y tales ilusiones? No es fácil que con fábulas y cuentos se pueda ser dichoso de modo alguno. — No, ciertamente, la contesté; ¿pero por qué han de ser mis palabras fábulas y no realidades? Lo que yo preveo es tan sencillo, que si en este instante me dijese, que esa especie de hombre selvático que salvó de las aguas á vuestro hijo era el mismo Formoso, apenas me causaria admiracion. — ¡Qué, señor! ¿ese Selvático!... — No pudo hablar mas.... tan fuerte y viva se hallaba todavía en ella la emocion que yo habia querido debilitar. — Sí, continué diciéndola, ese Selvático; ¿y por qué no puede ser?... Por qué

si Formoso existe, ¿no podrá ser allí donde se haya ocultado? Todo el prodigio consistiria en que su asilo se hallase tan cerca del vuestro; y en la vecindad de dos cabañas, nada hay de maravilloso.

— ¡Qué, Señor! ¿será posible? ¿será eso verdad? — Sin duda, es posible, y es verdad que es él mismo. — ¡Dios mio, Dios justo! hijo mio! hijo mio! (esclamó como fuera de sí): ven, que tu padre vive! ahora vas á verle. Señor! perdonadme; pero yo tiemblo, y no me atrevo todavía.... ¿Es seguramente verdad? ¿Qué, ese valle, ese solo valle nos separaba? ¿Lo sabe él? — No, él no sabe nada; ni aun sabe siquiera que vivís; tampoco sabe, ni aun por asomo, que su sentencia de muerte se ha revocado; que se le reintegran todos sus bienes, ni que vuestro padre consiente en vuestra union. Todo esto es, sin embargo, una verdad, y ahora vamos á noticiárselo.

Por mucha sencillez que yo afectase en mi narracion, no dejé de traslucir el instante en que Valeria habia de venir á perder el uso de sus sentidos; á cada palabra crecia su admiracion; sus manos trémulas, y los frágiles nervios

de su cuerpo enflaquecidos y estenuados á fuerza de dolor, estaban en continuo movimiento, no ocultándose á mi vista la accion convulsiva de sus músculos y fibras: sus hermosos ojos vacilantes, y sin encontrar objeto en que fijarse, me hacian temer que cayese desmayada; y hubiera caido, á no reanimarla con las enérgicas palabras de: *Vamos á verle*. Con ellas recobró de un golpe todas sus fuerzas; y tomando á su hijo de la mano, repitió enagenada: *Vamos á verle*.

En efecto, la fiel Teresa se quedó en el caserío; y la madre, el niño y yo bajamos del monte al llano, en donde estaba mi silla de posta. Montamos los tres, y vadeando el rio, nos hallamos bien pronto al otro lado del valle.

Cabalmente llegamos á la hora en que el Solitario iba á coger yerbas. Valeria y su hijo estaban casi sin aliento; por lo cual les dije, señalándoles la cabaña: Esa es su habitacion; descansad en ella, entretanto que voy á llamarle.

¡Ay, amigo! ya que me motejais de exagerador en mis discursos, dadme ahora pinceles y colores para pintar el enternecimiento, ó mas bien, el delirio de amor y compasion en que cayó Va-

leria, viendo el miserable estado en que, despues de nueve años, se hallaba Formoso reducido. ¡Este techo de ramages, esas paredes de céspedes, esa estera, y esa tosca piedra en que ha reclinado su cabeza!.... Ahí es, decia, el sitio en donde ha suspirado, gemido, y aun desesperado de volverme á ver. Se hincó de rodillas, é inundó la estera de lágrimas. Su hijo lloraba con ella, al tiempo que procuraba consolarla. ¡Ah, madre mia! decia el tierno niño, ¡cuando vamos á tener el gusto de abrazar á mi padre! ¡es tiempo propio de llorar!.... Mientras tanto andaba yo errando de una á otra parte, llamándole, pero sin nombrarle; solo le llamaba la atencion por medio de sonidos simples que el eco de mi voz repetia rápidamente en toda la montaña.

Me oyó, y no tardó mucho en dirigirse hácia mí; desde que alcancé á verle, me adelanté hácia él: Dadme un abrazo, y la enhorabuena, le dije, aparentando frialdad; he logrado los designios que me condujeron á Sevilla. Ya teneis la libertad legal; y aqui el testimonio que os repone en los derechos debidos al honor y la inocencia; vuestros bienes os han sido reintegrados. Al

oirlo , me cogió entre sus brazos , y estrechándome contra su pecho , me dijo : « ¡ Qué no os debo yo , generoso y apreciable amigo ! Me acabais de dar la vida , la libertad , el honor , y hasta los mismos bienes que ya tenia olvidados ; pero ¿ quién me volverá á Valeria ? (añadió con el mas profundo acento de dolor). — ¿ Quién os la volverá ? yo , le dije. — Vos tambien , amigo mio ! — Y sin esto , ¿ qué habria yo hecho en vuestro favor ? Hasta estas palabras no ví resaltar en él la alegría... Vamos , le dije , no acobardarse. Ahora , D. Mauricio , es cuando me habeis de hacer ver que teneis tanta firmeza de alma para recibir un gozo , una fortuna , cómo habeis tenido ánimo para vencer el dolor y la adversidad.

No quiero que seais insensible al haber tenido el placer y la dicha de hallar á Valeria ; es madre , y madre de aquel niño que sacasteis de las aguas , no menos hermoso y agraciado que ella : que no vais á tardar nada en verlos. Que los Velamares son otra vez vuestros amigos , y consienten vuestro enlace con Valeria : todo esto debe causaros una agradable sorpresa ; pero en cualquiera situacion de esta vida halla

un alma fuerte el secreto de poseerse á sí misma.

¿ A qué llamais un alma fuerte ? me respondió , como un hombre fuera de sí ; si la mitad de estos prodigios ; si la sola felicidad de encontrar á mi muger y á mi hijo , fuera posible ó verdadera , los trasportes de mi alegría llegarían hasta el extravío de mi razon , volviéndome loco entre sus brazos. — Entonces , le dije , hubiera yo hecho mejor dejaros en vuestro buen juicio , en vuestra fuerza y ánimo. ¡ Ay , amigo mio ! no alargueis mas el tormento en que me tiene la incertidumbre ; si el cielo ha hecho en mi ayuda tantos milagros , decídmelo ; conducidme al sitio en donde estén mi muger y mi niño. — No están muy lejos , le repuse ; bien pronto los veremos ; seguidme. Asi lo hizo ; pero se conocia que todas sus potencias y sentidos estaban como fuera de juicio.

¡ Oh , Dios ! ¡ qué escena !.... Yo habia hecho , segun lo acabais de ver , hasta lo imposible para debilitar por ambos lados el temible golpe de la alegría y la sorpresa ; y no obstante , todos mis esfuerzos , creí que iban á espirar uno y otro , cuando al entrar en la cabaña , vió Formoso á Valeria prosternada so-

bre la estera, regándola con sus lágrimas, y que á su voz, y al grito penetrante con que se hizo oír, levantó ella los ojos y los fijó sobre él.

Ella cayó desmayada, y los llantos de Jacinto, sus gritos, sus besos y sus caricias, pudieron hacer que volviese en sí, al tiempo que yo tenia que estar sirviendo de apoyo con mis brazos al hombre valeroso que habia sobrepujado tantos males, y todo lo habia sufrido sin flaqueza, hasta que un apoderamiento de gozo le iba á hacer espirar. Al paso que yo procuraba salvarle la vida, le ahogaba su misma felicidad; apenas respiraba, y si lo hacia era por medio de sollozos. Al fin triunfaron las lágrimas del amor, y se abrieron un paso á los corazones, que bastó para anegar la estera sobre que se hallaban: asi estuvieron un cuarto de hora sin poderse hablar. Pero no me sería fácil compendiar sus palabras, despues que pudieron hacerlo entre el pasmoso combate é interdiccion del amor y del reconocimiento. Sus nombres, el nombre de su hijo, y el mio, eran el móvil de sus atenciones y su veneracion amorosa hácia el Dios bienhechor que los habia mirado con piedad. ¡Ah! creed-

me; las pasiones sublimes no conocen otro lenguaje, no tienen otra elocuencia.

Despues de arreglar lo necesario, y reunirse á nosotros la fiel Teresa, los conduje á Sevilla, en donde nuestra primera visita fue al P. Atanasio, como al áncora de nuestra salvacion. Formoso vino con nosotros á echarse á los pies del Marqués, y á los brazos de su antiguo amigo Leoncio. Asi que Formoso se les presentó, les dijo: «Habeis señores, tenido la bondad de perdonarme mis desgracias, y no lo estoy del todo, ni eso basta todavía; es necesario perdonarme mi delito: es menester perdonarme un momento de delirio que mis lágrimas y mis remordimientos han expiado durante nueve años de soledad y sufrimientos. Parece que el mismo cielo ha quedado satisfecho y desarmada su cólera; sin duda me perdona, cuando me ha concedido el hallazgo de Valeria, y el hijo amado que he tenido en ella. ¡Oh, mi padre! ¡Oh, mi hermano! imitad la clemencia de Dios, á quien he inclinado en mi favor, y perdonadme, como este Señor lo ha hecho.»

Una palabra que el padre de Valeria pronunció, en señal de su aprobacion, al pie de los altares, fue bastante para

reconciliar al honor y á la naturaleza, con el amor constante y expresivo.

El orgullo de los Velamares se hallaba quebrantado por los remordimientos, y habia sofocado el odio y la venganza. Pero aunque se hubiesen mantenido feroces, el aspecto humilde y deprecatorio de D. Mauricio, el carácter verdadero, sentimental y penetrante que su voz, sus miradas y sus lágrimas daban á su súplica, los hubiera amansado y hecho ceder á la razon.

Al mismo tiempo se dejaba percibir su confusion al través de su tristeza, y como envuelta entre el silencio que guardaban. Pero luego que Valeria vino á echarse á los pies de su padre con el mas hermoso y agraciado de los niños, acompañada de su fiel Teresa, regando su casa y las manos de su padre con tiernas y copiosas lágrimas, la naturaleza con su poderoso influjo se posesionó de todos los corazones: creía verla, envolver, estrechar y reunir entre sus encantadores brazos, al padre y los hijos con aquel mágico desorden que suele justificar todas sus obras; é inmediatamente se santificaron del modo mas religioso los juramentos que antes tenia hechos un amor tan constante como fiel.

Se hallará de venta en las librerías siguientes:

Lérida.....	Buxí.
Madrid.....	Rozola.
Badajoz.....	C. Mo.
Barbastro....	La. M.
Barcelona....	Saca. y Turner.
Búrgos.....
Córdoba.....
Granada.....	Sanz.
Gerona.....	Olton.
Huesca.....	Navarro.
Murcia.....	Benedicto.
Reus.....	Roca.
Salamanca...	Reyes.
Santiago.....	Rey Romero.
Sevilla.....	Caro menor.
Tarragona...	Verdaguer.
Valencia.....	Cabrero.
Valladolid...	Roldan.
Zaragoza.....	Monge.

